

DIABLOS DEL ASFALTO

Adam Surray

BRU
GUE
RA

BOLSILIBROS

F POLICIACO

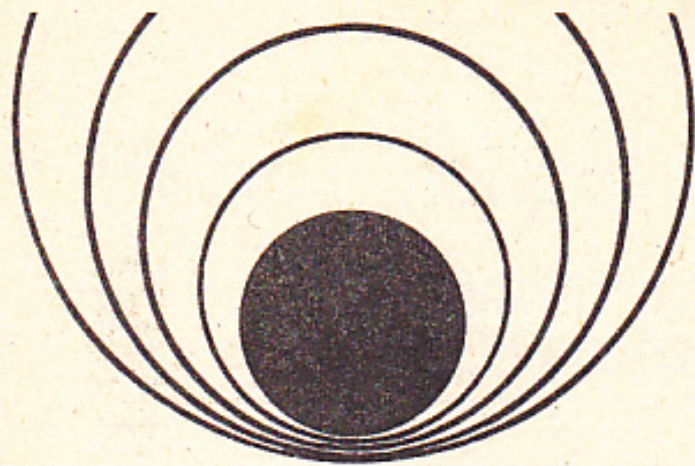


SÓLO MAYORES DE 18 AÑOS

Adam Surray

DIABLOS DEL ASFALTO

CB



PUNTO ROJO



ADAM SURREY
DIABLOS DEL ASFALTO

Colección PUNTO ROJO n.º
1.085 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A,
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.662 — Buscando a Jennifer

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure

En Colección KANSAS:

1.258 — Voluntarios para morir

En Colección PUNTO ROJO:

1.076 — El pecado del señor Winter

En Colección COLORADO:

1.141 — Escrito con sangre

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

537 — Colt para un cobarde

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

552 — Pistolero con niño

En Colección CALIFORNIA:

ISBN 84 02-02520-X Depósito legal: B. 57-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1983

2.a edición en América: agosto. 1983

© Adam Surray - 1983

texto

© M García - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1983

CAPITULO PRIMERO

Gruesas lágrimas surcaban el bello rostro de Judith Allen. Con nublados ojos corrió por las calles de Manhattan. Sin rumbo. Ya era noche en la gran ciudad. Tráfico reducido. Muy pocos viandantes.

Nadie reparó en Judith. En sus lágrimas. En la expresión de angustia reflejada en su rostro. A nadie importaba. Ni aun desangrándose en la bulliciosa Quinta Avenida, a plena luz del día, hubiera sido socorrida.

Judith continuó corriendo. Como enloquecida. Su único deseo era alejarse más y más de su domicilio. Temerosa de que alguien hubiera salido en su busca. Se detuvo jadeante junto a una de las entradas al subway.

Judith se cruzó las manos sobre el pecho. Queriendo así controlar el agitado palpar de sus senos. Estaba bañada en sudor. Un sudor frío.

Un vagabundo estaba sentado en el primer escalón de descenso al subway. Alzó la cabeza. Con inexpresivo rostro. Con una total indiferencia. Parpadeó repetidamente. Sus ojos sí acusaron un leve destello al contemplar a Judith.

Una mujer joven. De unos dieciocho años de edad. Muy bonita. Con un elegante vestido camisero de abotonadura delantera.

Judith comenzó a descender la escalera.

Como una autómatas.

—Señorita..., señorita...

Judith no pareció oír la voz del vagabundo. Caminaba ajena a todo cuanto acontecía a su alrededor.

El vagabundo no la llamaba para solicitar una limosna. Simplemente quería advertirla. No era prudente viajar en el subterráneo durante la noche. No era prudente para nadie. Menos para una mujer joven y bonita.

Muchas estaciones del subway eran esquivadas incluso por la policía. Ningún agente en solitario se atrevía a deambular por allí durante la noche.

Judith lo hizo.

También como un autómatas tomó el ticket de la máquina. Por entre un laberinto de largos pasillos avanzó hacia uno de los andenes. Cualquiera de ellos. Los ojos de Judith ya habían cesado en sus lágrimas.

La espera fue corta.

Llegó el primer convoy.

Y Judith, como un autómatas, subió a uno de los vagones.

No era uno de los de servicio exprés, sino un convoy lento. Con detenciones en todas las estaciones de su largo recorrido.

Muy pocos pasajeros en el vagón. Tan sólo tres. Tres hombres. Uno de ellos ocupaba asiento próximo a las puertas automáticas delanteras. A sus pies unos gruesos rollos de papel, un bote de engrudo y una brocha. El hombre, de unos cuarenta años de edad, mantenía los ojos entornados. Sin duda vencido por el sueño y la fatiga.

El segundo individuo, unos asientos más atrás, frisaba en los cincuenta años de edad. Cabello completamente canoso. Rostro prematuramente envejecido. El hombreapestaba a guisos y comida barata.

El tercer individuo era joven. De unos veinticinco años de edad. Un individuo de color. De grandes ojos y boca carnosa. Su negra piel perlada por diminutas gotas de sudor. De grandes ojos y boca carnosa. Fue él quien dirigió una inquisitiva mirada a Judith. Los otros dos individuos también posaron sus ojos en la muchacha, aunque de inmediato perdieran todo interés.

El individuo de color sí mantuvo la mirada en Judith. Admirando aquel bello rostro. La perfección de aquel cuerpo joven y esbelto. También reflejó en la mirada, junto a la admiración, una cierta incredulidad. Sorprendido de la presencia de la muchacha en el subway neoyorquino. En altas horas de la noche.

Judith tomó asiento a mitad del furgón.

Se contempló en el cristal de la ventanilla. Reflejaba su imagen. Al otro lado del vidrio sólo la oscuridad del túnel y las paredes que pasaban a gran velocidad.

De nuevo se nublaron los ojos de Judith. Otra vez sintió deseos de llorar. La angustia volvió a atenazar su corazón. Se encontraba sola. Terriblemente sola. Lo había estado desde la muerte de...

Sí.

Ahora sí rodaron dos gruesas lágrimas imposibles de contener. Judith cerró los ojos. Recordando a su madre. Los años felices de su infancia y adolescencia. Siempre protegida y amada. Su madre... Una rápida y cruel enfermedad acabó con ella. Y Judith quedó sola. Poco importaba su padre, el gran Norman Allen. El director de la Allen Press. El dirigente de Norman Editor. Un hombre muy ocupado.

Eran ya cinco años de soledad. Judith contaba trece años cuando murió su madre. Ya habían transcurrido cinco años. Cinco años de frío y distante cariño por parte de su padre. Todos los caprichos, todos los regalos...; pero ni una sola hora compartida en el hogar.

Judith se refugió en los estudios. Y fue en la universidad donde conoció a Peter Shade. Un joven que costeaba sus estudios trabajando durante la noche como recepcionista e intérprete en el New Galbis Hotel. Un joven honrado, de familia humilde... Muy poca cosa para ser del agrado de Norman Allen.

De poco sirvieron las súplicas de Judith. Su padre le prohibió terminantemente que fomentara esa amistad con Peter Shade. No permitió que acudiera a buscarla al bungalow. Ninguna llamada telefónica...

Y aquella noche, hacía apenas unas horas, Norman Allen se presentó en casa con una mujer. Mildred King, de la alta sociedad neoyorquina. Se la presentó a su hija Judith. Se la presentó como su futura madre.

Unas estridentes risas quebraron los pensamientos de Judith. Alzó la cabeza percatándose de que el subway se había detenido en una de las solitarias estaciones de su recorrido. De inmediato reanudó la marcha. Con tres nuevos pasajeros en el vagón.

Tres muchachos melenudos y vociferantes. Cortados por un mismo patrón. Vestimenta negra. Como cuervos. Chaquetilla de piel, ceñidos pantalones y botas de grueso tacón. Los tres llevaban un pañuelo de seda anudado al cuello. En la chaquetilla de piel una insignia. Una calavera.

—¡Eh, Bradford...! ¡Está muy concurrido el vagón!

El llamado Bradford tenía un rostro caballuno. Alargado. Con los ojos hundidos. Su diestra hacía oscilar una corta cadena de acero.

No hizo comentario alguno a su compañero.

Avanzó por el furgón deteniéndose al llegar junto a Judith.

—¿Y tú, nena...? ¿Qué haces aquí? ¿Qué hace un ángel en el más profundo de los infiernos?

Judith ni tan siquiera se molestó en dirigir una mirada al melenudo. Este sonrió acomodándose junto a la muchacha. Pasó su zurda sobre el muslo de Judith.

—Te he hecho una pregunta, nena.

—Déjame en paz —respondió Judith, apartando la mano del individuo.

—¡Bradford...! ¡Bradford...! ¡Pregúntale si lleva dinero!
Bradford rió divertido.

—Disculpa a mi compañero Frank. Es un materialista. Sólo piensa en el cochino dinero. No sabe apreciar la belleza de una mujer. Por cierto..., ¿llevas dinero, nena?

Judith llevó su mano derecha al bolsillo del vestido. Atrapó un puñado de dólares y unos centavos. Todo cuanto llevaba en el bolsillo. Los arrojó al pasillo del vagón.

Los dos melenudos se abalanzaron sobre los arrugados billetes. Un billete de diez dólares y tres de a cinco. Junto con varias monedas de veinticinco centavos.

Bradford chasqueó la lengua.

—Eres muy generosa, nena; pero con muy malos modales. No te han educado bien. Nosotros sí somos...

El melenudo se interrumpió al comprobar que el subway estaba entrando en una nueva estación. El andén solitario.

—Nos abandona un pasajero, Bradford.

Bradford se incorporó del asiento. Fijando la mirada en el individuo de color. Estaba junto a las compuertas. Esperando que se abrieran.

—¡Eh, un momento, hermano...! —Bradford avanzó haciendo oscilar significativamente la cadena—. No es necesario que te marches. Mis compañeros y yo no somos racistas, ¿verdad, muchachos?

Los dos melenudos movieron afirmativamente la cabeza riendo a carcajadas.

—Es... es mi destino —dijo el joven de color, forzando una sonrisa—. Ya he llegado a...

—No, hermano negro —interrumpió Bradford, situándose ante la puerta de salida—. Tú no puedes conocer tu destino. Me consta que ésta no es tu estación de destino. Lo haces para no molestarnos, pero te equivocas. Vuelvo a decirte que no somos racistas. Incluso en cierta ocasión me acosté con una negra.

—¿Es cierto eso, Bradford? —inquirió uno de los melenudos.

—Sí lo es, Elliot —rió Frank—, Yo estaba allí. Bradford no dejó de vomitar en toda la noche, pero ciertamente se acostó con una negra.

El subway ya había emprendido la marcha.

Con la correspondiente desesperación en el individuo de color.

—Tranquilo, hermano negro —dijo Bradford, palmeándole la espalda—. Estás entre amigos. ¿Cómo te llamas?

—Murray... Brooke Murray...

—Bien, Murray. Yo soy Bradford. Aquel de la nariz aplastada y aspecto de loco es Frank. El otro responde al nombre de Elliot. ¿Quieres un trago, Brooke?

—No..., yo no...

—¿Me rechazas un trago, Brooke? —preguntó Bradford, sacando una plana botella del bolsillo interior de la chaquetilla de pie!—. Es un buen whisky. Reservado para los amigos.

Brooke Murray tomó la botella. Aplicó el gollete a los labios bebiendo un corto trago.

—Más, Brooke. Bebe más. Otra vez... Eso es... ¡Y ahora ven con

nosotros! ¡Vamos a divertirnos!

El melenudo rodeó los hombros de Murray. Con el brazo derecho. Sin soltar la cadena de acero que quedó a escasas pulgadas del rostro del individuo de color.

Avanzaron por el pasillo del vagón.

Hasta llegar junto a Judith.

—¡Ya estamos aquí, nena! ¿Cuál es tu nombre?

—¡Déjame en paz!

La respuesta de la muchacha borró súbitamente la sonrisa del rostro de Bradford. Sus hundidos ojos acusaron un leve destello. Alargó la zurda. Aferrando los cabellos de Judith. Tiró salvajemente hacia atrás a la vez que aproximaba la diestra al rostro femenino. Posando el extremo de la cadena sobre los labios de Judith.

—Escucha con atención, muñeca... Puede que seas una princesa con lujoso apartamento en la Quinta Avenida, pero ahora estás aquí. En el subway neoyorquino. Ignoro los motivos ni me importan. Estás aquí, nena. Con nosotros. Con la escoria. Y quiero que descendas de tu pedestal. Responde con amabilidad a mis preguntas o te haré saltar todos los dientes de la boca, ¿comprendes?

Sí.

Judith comprendió.

Por primera vez se percató con lucidez del lugar donde se encontraba. Y en las circunstancias. El subway neoyorquino. En plena noche. En las solitarias estaciones, en las escaleras de los andenes, en los vagones... Allí se cometían infinidad de crímenes siempre impunes.

Judith se olvidó por completo de los problemas con su padre. De Milfred. De Jules Marrow... Ya no sentía angustia, sino un indescriptible terror.

Aquellos tres melenudos la estaban mirando fijamente. Con satánica mueca. Era como viajar en un furgón con destino al infierno y conducido por discípulos de Satán.

—Tu nombre, nena.

—Judith...

—¿Judith...? Muy bien —sonrió Bradford, sin soltar los cabellos femeninos—. Ya nos conoces, ¿verdad? Bradford, Frank y Eliot. ¡Ah...! Olvidaba presentarte

a Brooke Murray. ¿Eres racista, nena?

—No...

—Perfecto, Judith, Entonces desnúdate para el bueno de Brooke. Un *strip-teasse*. Apuesto que ninguna mujer blanca se ha desnudado para ti, Brooke. ¿Me equivoco?

Brooke Murray no respondió. Se limitó a tragar saliva mientras se acentuaba el sudor que perlaba su rostro.

Judith permaneció inmóvil. Cuando Bradford le soltó los cabellos, ladeó la cabeza para dirigir una mirada a los otros dos pasajeros del vagón. Los dos permanecían ajenos a los acontecimientos. Con la mirada al frente. Sin atreverse a girar la cabeza para contemplar la escena.

—¿Qué te ocurre, nena? —sonrió Bradford—. ¿Necesitas más público...? ¿Quieres que llame a esos dos viejos?

—No... no quiero desnudarme...

Elliot había sacado otra plana botella de whisky. Le fue arrebatada por Bradford que, tras beber un largo trago, la pasó a Brooke Murray. Este no se atrevió a rechazarla. También bebió largamente.

—No quieres, ¿eh...? ¿Por qué? ¿Acaso te molesta la sucia mirada de un negro? —sonrió nuevamente Bradford—, ¿Es por eso?

Judith comenzó a temblar.

Dominada por el miedo.

—Puede que sea tímida —comentó Elliot, recuperando su botella.

—¿Es cierto...? ¡Por favor, Judith...! ¿Por qué no lo has dicho antes? Frank te ayudará. Frank es especialista en desnudar a las chicas. ¡Adelante, Frank!

Frank comenzó a reír guturalmente. Tenía los ojos saltones. La nariz aplastada. Los labios salpicados de sempiterna saliva. Su expresión le delataba un cierto grado de subnormalidad. Alargó sus manos hacia Judith. Unas manos pequeñas. De cortos y gordezuelos dedos.

Judith se removió en el asiento.

Cercada por los tres melenudos.

Sin posibilidad de escapar.

—No... no...

—¿Qué ocurre, nena? —interrogó Bradford—, ¿Prefieres hacerlo tú? Sólo queremos un *strip-teasse* para el bueno de Brooke.

Brooke Murray carraspeó,

—No molestaros por mi. Yo no...

—Tonterías, Brooke. Queremos que disfrutes del *strip-teasse* de una muchacha blanca. Ya basta de discriminar a los negros. Es lo justo. Tú eres un ciudadano norteamericano que paga sus impuestos. ¡Tomemos otro trago...! ¡Vacía la botella, hermano Brooke!

Murray obedeció.

Frank volvió a alargar sus manos hacia la muchacha. Las posó

sobre los senos femeninos.

—¡No...! ¡No! —gritó Judith, presa del miedo—. ¡No me toques!

—Espera, Frank —ordenó Bradford—, La chica va a hacerlo solita. Empieza, Judith. No nos hagas perder la paciencia.

Judith comenzó a desabotonar los cierres delanteros del vestido. Con temblorosas manos. Se detuvo al llegar a la cintura. Dirigió una suplicante mirada a los tres melenudos, pero en ninguno de ellos encontró piedad.

—¡Sigue!

La muchacha obedeció. Ahora con lágrimas surcando sus mejillas. Sollozando entrecortadamente.

No llevaba sujetador. Sur senos, breves y erectos, quedaron al descubierto. Junto con diminuto slip de encaje.

—Dame el vestido, Judith, Y los pantys —dijo Bradford, con fría voz—. También los zapatos.

Judith siguió obedeciendo dócil.

Temblorosa.

Quedó arrinconada en el asiento. Con los brazos cruzados sobre sus desnudos senos. Unicamente con el slip. Sin dejar de sollozar.

—¿Qué te parece, Brooke? —dijo Bradford—. Toda una tentación, ¿no es cierto?

Murray asintió instintivamente. Sus ojos estaban fijos en el cuerpo femenino. Unos ojos vidriosos. Una mirada que acusaba el alcohol ingerido.

—Es tuya, Brooke.

Murray parpadeó.

—¿Cómo?

—Has oído perfectamente, Brooke —sonrió Bradford—. Somos amigos. Y te concedemos el privilegio de ser el primero. Una bella muchacha blanca para ti, Brooke. ¿Acaso no te gusta?

—Yo... yo no...

—¡Adelante, Brooke!

—¡Sí, Brooke! —animó Elliot, con desagradable mueca reflejada en el rostro—. ¡Es tuya!

Brooke Murray comenzó a reír. Torpemente. Acentuando la vidriosa mirada de sus ojos. Se aproximó a Judith. Acorralándola aún más en el asiento.

—No... no.

No fue escuchada la súplica de la muchacha.

Brooke Murray se abalanzó sobre ella. Trató de besarla a la vez que sus manos buscaban los desnudos senos de Judith. Esta comenzó a debatirse y gritar. Fue inmovilizada. Aprisionada bajo el cuerpo de Murray. Este hizo más audaces sus caricias. Con el rostro congestionado por el deseo. Tiró del slip rasgando la fina

tela.

Bradford chasqueó la lengua a la vez que movía la cabeza de un lado a otro.

—Jamás lo hubiera imaginado... Un sucio y repugnante negro tratando de violar a una muchacha blanca.

—Son basura, Bradford —dijo Elliot—, Apestan. Deberían estar cercados en Harlem. Aislados de la gente decente.

Brooke Murray no escuchaba las palabras de los melencólicos. Estaba enfebrado. Pugando por vencer la resistencia de Judith. Fue el silbar siniestro.

Y luego el trallazo.

La cadena de acero, hábilmente manejada por Bradford, golpeó con brutal violencia en la espalda de Murray. Este aulló de dolor al acusar el impacto. Se arqueó hacia atrás para seguidamente retorcerse entre los asientos.

Frank y Elliot le sacaron de allí.

Hacia el pasillo del furgón.

—Maldito betún... ¿Cómo te has atrevido a posar tus sucias manos negras en una muchacha blanca? —dijo Bradford, haciendo oscilar la cadena de acero—. Lo vas a pagar muy caro. El dolor y la perplejidad se reflejaban en el rostro de Murray.

—Yo... yo... vosotros...

No pudo seguir hablando.

Elliot le propinó un salvaje patadón en el bajo vientre. Un terrorífico golpe que hizo doblar a Murray hasta tocar su cabeza con el suelo.

Por poco tiempo.

Ahora fue Frank. Riendo como un poseso. Comenzó a patear la cabeza de Brooke Murray. Una y otra vez. Como si se tratara de aplastar a una cucaracha.

Murray aulló gateando por el suelo. Intentando escapar de aquella lluvia de golpes. No lo consiguió. De nuevo la cadena de Bradford.

Los gritos de Brooke Murray fueron coreados también por Judith. Alucinada. Enloquecida por la violenta escena. Comenzó a golpear con los puños el cristal de la ventanilla.

Elliot se había aplicado en la diestra unos nudillos de acero. Con ayuda de Frank acomodó a Brooke Murray en uno de los asientos del vagón.

Y Elliot procedió a castigar el rostro con los nudillos de acero.

La cabeza de Brooke Murray oscilaba macabra de un lado a otro. La nariz rota. Los labios sangrantes. Los ojos reventados...

Frank le sujetaba para impedirle caer. Permitiendo que Elliot continuara con sus sádicos golpes. Alternando con la cadena

manejada por Bradford.

—Creo que ya es suficiente, muchachos —rió Bradford, jadeante—. Apuesto que nunca más en su puerca vida se atreverá a mirar a una muchacha blanca. ¿Me equivoco, hermano Brooke?

Murray no respondió.

No podía hacerlo. Como un guiñapo fue resbalando en el asiento hasta caer en el pasillo.

Judith continuaba gritando y golpeando en el cristal.

—¡Deja de vociferar, estúpida! —ordenó Bradford—. Puedes dar gracias al diablo de salir bien librada. ¡Eh, tú...! ¡Viejo!

Bradford había girado hacia uno de los silenciosos y pálidos pasajeros. Se aproximó a él. Arrugó instintivamente la nariz.

—¡Condenación...! ¿Cuál es tu perfume, viejo?

—Soy... soy cocinero y...

—Dame tu cartera. ¡Rápido! ¡Tú también! —gritó Bradford al otro pasajero—. ¡Pronto, maldita sea!

Los dos hombres obedecieron.

Bradford examinó la primera de las billeteras. Apenas unos ocho dólares. Fotografías de la familia y documentación.

—Arthur Schroder..., cocinero en el Silvester..., domicilio en el Bronx... ¿Es ésta tu familia, viejo?

—Sí...

—Una bonita familia, viejo. La tienes muy lustrosa. Si quieres que permanezcan así, olvida todo cuanto ha ocurrido aquí. Tú no sabes nada. No has visto nada, ¿entendido?

Bradford avanzó hacia el segundo individuo. En su cartera apenas se contabilizaban los cinco dólares. Una billetera de plástico grasienta y sucia.

—Hall Hesseman... ¿A qué te dedicas?

—Estoy sin trabajo. Me gano unos dólares pegando carteles y...

—Lo dicho anteriormente, Hall —interrumpió Bradford—. Tengo vuestro domicilio. El hablar demasiado con la policía será vuestra sentencia. No es una vulgar amenaza. Recordadlo.

Bradford giró sobre sus talones.

Dobló cuidadosamente el vestido de Judith junto con los pantys y los zapatos.

—Nos largamos, muchachos. En la próxima estación.

—¿Te llevas la ropa de la chica? —rió Elliot—. ¿La vas a dejar desnuda por Nueva York?

Frank también rió a la vez que sacudía la cabeza.

—Pobre chica...

—¡Infiernos, no! No sería galante eso —dijo Bradford—. Vamos a proporcionar a Judith un elegante vestido. Un modelito en exclusiva.

Bradford avanzó en grandes zancadas. Hacia el asiento ocupado por Hall Hesseman. Tomó el bote de engrudo, la brocha y el rollo de papel.

Frank y Elliot comenzaron a reír en desaforadas carcajadas. Imaginando la idea de su compañero.

Judith continuaba arrinconada en el asiento. Sollozando entrecortadamente. Con el rostro oculto entre las manos.

Fue sorprendida por Frank y Elliot que se abalanzaron sobre ella. La sujetaron por brazos y piernas tumbándola sobre los asientos. Se acercó Bradford.

Removiendo la brocha en el bote de engrudo.

Judith agrandó los ojos. Desorbitándolos. Movió los labios. Incapaz de articular palabra.

Fue al recibir el primer brochazo de engrudo en el pelo cuando Judith gritó en desgarrador alarido de terror.

Grito coreado por las risas de los tres melencuados.

—¡A mí...! ¡Déjame a mí, Bradford...! ¡Yo lo haré!

Frank tomó entusiasmado el bote y la brocha. Riendo a carcajadas. Con una demoníaca mueca reflejada en el rostro. Volvió a untar los cabellos femeninos, el pecho, vientre, muslos... Fue embadurnando una y otra vez el cuerpo de la muchacha. Sin dejar de reír.

Bradford estaba recortando uno de los carteles del rollo. Improvisando una burda falda y peto de papel que aplicó sobre el cuerpo de Judith.

—¡Maravilloso! —rió Elliot, casi con lágrimas en los ojos—. ¡Es un modelito encantador!

El subway ya estaba entrando en una de las estaciones de su recorrido. Aminoró la velocidad.

—¡En marcha, muchachos! —exclamó Bradford, recuperando el vestido y los zapatos—. ¡Nos largamos!

Se abrieron las puertas automáticas del vagón. Antes de que se detuviera por completo el convoy, los tres melencólicos ya habían saltado sobre el andén.

Judith se incorporó. Tambaleante. Con el pelo convertido en una pegajosa madeja. Surcos de engrudo resbalaban por su rostro. Con aquellas tiras de papel pegadas al cuerpo. Resultaba sobrecogedor verla caminar. Emitiendo de su garganta guturales sollozos.

Al llegar junto a una de las puertas de salida, cayó aparatosamente. Justo en el momento en que se cerraban las compuertas y el convoy reanudaba la marcha.

Arthur Schroder corrió hacia la muchacha.

No llegó a tiempo.

Judith había quedado aprisionada por los muslos. El resto del cuerpo fuera del vagón. Arrastrado por el andén. Unas yardas. Hacia el inicio del túnel.

Hall Hesseman tiró de la señal de alarma para detener el convoy. Coincidió con el desgarrador y agónico alarido de Judith al quedar destrozada contra la boca de entrada al túnel.

CAPITULO II

Gary Salkow, comisario jefe de la Metropolitan Police de Nueva York, penetró en el despacho portando entre sus manos una voluminosa carpeta.

—No se levante, McKeon.

El inspector Edgar McKeon, que había hecho ademán de incorporarse del sillón, volvió a reclinarsse en el asiento. Dirigió una inquisitiva mirada a su superior.

—¿Cómo le ha ido, señor?

Gary Salkow resopló furiosamente a la vez que depositaba la carpeta sobre la mesa escritorio. Se dejó caer en el sillón giratorio esbozando en su rostro una amarga sonrisa.

—Ahí lo tiene, McKeon. Estadísticas. Cientos y cientos de datos computados. Junto con recortes de prensa y estudios de sociólogos. Todo ello para demostrarnos que estamos sobre un polvorín llamado Nueva York. ¿Sabía usted que en Nueva York se produce un asesinato cada cuatro horas? ¿Cuántos vagabundos calcula que pululan por nuestra asquerosa ciudad...? Cuarenta mil. Sí, amigo McKeon. Cuarenta mil vagabundos duermen al abrigo de las estaciones del subway, en Bowery, East River...

—No me dice nada nuevo, señor.

Gary Salkow se mesó los cabellos ya grises en los aladares. Pronto cumpliría los sesenta años de edad.

Gran parte de su vida dedicada al servicio de la ley y el orden. Era un veterano. Un buen policía.

—Cierto, McKeon, cierto... Un asesinato cada cuatro horas. Muchos le esos crímenes serían de fácil solución si hubiera colaboración ciudadana. ¿Recuerda la campaña de hace unos años?

—Un fracaso.

—En efecto. Una campaña para que el ciudadano no permaneciera impasible ante un hecho delictivo. Que colaborara con la policía denunciándolo. Incluso un periódico de Nueva York ofreció mil dólares semanales a todo ciudadano que destacara en su colaboración.

—Nadie quiere saber nada. Nadie quiere complicarse en nada. El prójimo no importa. Es un perfecto desconocido.

El comisario asintió.

En repetido movimiento de cabeza.

—En ocasiones me gustaría escapar y vivir en una isla desierta. Sin compañía alguna. Aquí me parece estar viviendo rodeado de fieras salvajes. En una despiadada jungla.

—¿Una jungla? Eso es poco, señor. Nueva York es el mismísimo

infierno. Habitado por auténticos diablos.

—Tenemos que hacer algo, McKeon. Eso me han dicho los de arriba. Los que ordenan confeccionar estadísticas y juegan con mapas y números en lujosos despachos. Los políticos también presionan. Todos ellos temerosos de las virulentas campañas de prensa de los dos últimos días.

—Una campaña orquestada por la Allen Press.

—Una empresa poderosa, McKeon. Uno de los más importantes medios de comunicación. La Allen Press es de ámbito local. Centrada en el estado de Nueva York. No hay noticia que, por insignificante que sea, no tenga su origen de divulgación en la Allen Press. No es la primera vez que ataca a los medios de seguridad. Criticando nuestra negligencia e incapacidad para combatir el crimen. Y esa crítica es insertada en los principales periódicos. Haciéndose eco de ella y apoyándola con editoriales.

—Tampoco ellos dan solución, señor. Es fácil criticar. Silenciar nuestra falta de medios, de recursos, las imposiciones de la propia Ley que en ocasiones ayuda al delincuente. La virulenta campaña desatada ahora por la Allen Press está motivada por la trágica muerte de Judith Allen. Se ha convertido para Norman Allen en un asunto personal.

Gary Salkow se reclinó en el sillón giratorio.

Entornó los ojos.

—No culpo a Norman Allen. Lo ocurrido a su hija fue horrible.

—La Allen Press no cesará en sus ataques hasta que consigamos capturar a los culpables, señor.

—Ya no es sólo la Allen Press, McKeon. Puede que lo ocurrido a Judith Allen haya alertado a nuestros políticos al máximo. También el ciudadano esté asqueado de vivir en el infierno. En una jungla. Hay que exterminar a las fieras, McKeon. Esa es la orden recibida. Más bien el ultimátum. No vamos a convertir Nueva York en un paraíso, pero sí desterrar a los diablos más peligrosos. Hacer más habitable la ciudad. Quitar esa aureola de ciudad maldita.

—¿Cómo, señor? ¿Acaso no lo intentamos día tras día? ¿Acaso permanecemos de brazos cruzados?

—Me han dado carta blanca, McKeon.

Edgar McKeon arqueó las cejas.

Enfrentando su mirada a la de Gary Salkow.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—¿Recuerda el Viernes Negro?

En el rostro de Edgar McKeon se reflejó una leve sonrisa.

—El 13 de julio de 1977. La noche de las sombras.

El apagón que envolvió a Nueva York en la más completa

oscuridad. Una larga noche de saqueos, robos, asesinatos, violaciones... Todas las bestias de la ciudad deambulando al amparo de las sombras.

—Sí, McKeon. Una noche terrorífica. En aquel entonces, alguien sugirió la creación de un cuerpo especial. Una brigada capaz de enfrentarse a esas bestias. Un equipo que actuara sin contemplaciones. Se olvidó el asunto. Incluso varias voces lo tildaron de antidemocrático. No se podía actuar implacablemente contra los pobres delincuentes. Estos tienen sus derechos.

Edgar McKeon apretó con fuerzas las mandíbulas.

—Derecho a matar, violar, robar...

—Vamos a crear esa brigada especial, McKeon —dijo el comisario, con dura voz—. Ya me han dado carta blanca, resucitaré el viejo y olvidado proyecto. No me agrada, pero no encuentro ninguna otra solución. Puede incluso que no resulte ser el método más adecuado, pero nada perdemos con intentarlo.

—Tal vez incrementar las críticas.

Gary Salkow sonrió.

En triste mueca.

—Llevo muchos años como policía, McKeon. Aquí, en Nueva York. Y año tras año la delincuencia y el crimen ha ido en aumento. También la corrupción. Me consta que el aumento el número de policías sobornados por la Mafia y los Sindicatos del Crimen. Debemos recurrir a nuestro viejo proyecto.

—Brigada Cero.

La sonrisa se amplió en el rostro del comisario.

—Sí... Ese era el nombre. Así le habíamos bautizado aun antes de nacer. Brigada Cero. Un equipo de hombres autónomos. Sin depender de departamento alguno. Unos duros, insobornables, astutos... Hombres de paisano que ejercerían su autoridad con total libertad de acción.

—Esa era la idea, señor.

—Adelante, McKeon. Póngala en práctica. Cuanto antes. Seleccione a esos hombres. Quiero una Brigada Cero actuando esta misma noche. La primera misión será dar caza a los tres melenudos del subway. Esa es también la primera orden que he recibido en la reunión de hoy. Y quiero cumplirla.

—Muy bien, señor.

—¿Dónde piensa reclutar los hombres para la Brigada Cero?

—Dispongo de buen material, señor —sonrió Edgar McKeon—, En diferentes distritos y departamentos. Tengo un fichero privado. Muchos de esos hombres están bajo expediente disciplinario por faltas graves, abuso de autoridad, insubordinación... Sé distinguir la mala hierba del trigo.

Gary Salkow correspondió a la sonrisa de su subordinado.
—Adelante con ello, McKeon.

CAPITULO III

Edgar McKeon empequeñeció los ojos. Dirigiendo una inquisitiva mirada al individuo situado al otro lado de la mesa escritorio.

—Espero su respuesta, Coleman.

Mark Coleman esbozó una sonrisa. Era un individuo joven. Frisando en los treinta años de edad. Unos mechones de negro cabello asomaban sobre su frente. Los ojos grises, de fría mirada e inexpressivos. La nariz perfilada. Labios finos. Barbilla firme.

Vestía una ligera chaqueta sport sobre camisa roja. Con pantalón a juego.

—Estoy sorprendido, teniente.

—¿Por qué? Me consta que había oído hablar con anterioridad de la Brigada Cero. Fue un proyecto muchas veces madurado y siempre, a última hora, rechazado. Ahora está en marcha. En funcionamiento. Ya he confeccionado varias patrullas de Brigada Cero. En menos de veinticuatro horas. Esta misma noche actuarán algunas de ellas.

Mark Coleman acentuó su sonrisa.

—No es ésa mi sorpresa, señor. La Brigada Cero era necesaria. Tenía que existir. Tarde o temprano. Ellos o nosotros. Para combatir cierto tipo de delincuencia hay que descender a las cloacas. Hay que mancharse. Es un tipo de delincuencia que no alcanza a las altas esferas sociales, de ahí que los políticos y jerifaltes se limitaran a ignorarla. ¿Inseguridad en Bowery? ¡Por supuesto...! ¿Qué político bajaría al infierno de Bowery? Ninguno. En el subway, en el mismísimo Central Park...; pero sólo en horas ya conocidas como peligrosas. Son prudentes. Esquivan esas horas conflictivas. El senador Grahame, defensor de la moral y las buenas costumbres, jamás viaja en el subway. Le llevan su diaria ración de heroína a su apartamento de Murray Hill.

Edgar McKeon volvió a entornar los ojos. Hizo una mueca a la vez que movía la cabeza de un lado a otro. Sin apartar la mirada de su interlocutor.

—No ha cambiado nada, Coleman. Sigue hablando demasiado.

Mark Coleman parpadeó.

Con una fingida mueca de estupor.

—¿He dicho algo inconveniente, señor? No es un secreto, al menos para nosotros, que el senador Grahame es adicto a la heroína. Su vicio queda compensado con sus entusiastas campañas políticas en defensa de la moral y contra todo tipo de corrupción. Un gran tipo el senador Grahame. Usted sí tiene

problemas, señor. Le han presionado, ¿no es cierto? Han puesto en la picota a todos los medios de seguridad de Nueva York. Somos unos ineptos. Lo que parecía imposible, ha sucedido. En el subway neoyorquino. Durante la noche. Nadie se lo explica, pero viajaba Judith Allen. La hija del poderoso e influyente Norman Allen, director de la Allen Press. Dos días vomitando insultos contra la policía local. Dos días publicando estadísticas, datos y derrotas. La violencia es dueña de Nueva York, el estrangulador del Central Park ya va por su quinta víctima, robos a turistas en pleno centro de Manhattan, asesinatos... Todo eso era conocido. Y nada importaba. Era una lacra que se soportaba con falsa resignación. Ha muerto Judith Allen. Y la Allen Press ha puesto el grito en el cielo.

—¿No lo considera lógico, Coleman?

Los grises ojos de Mark Coleman, fríos e inexpresivos, acusaron por primera vez un leve destello. Sus facciones se endurecieron.

—No, señor. Son todos unos hijos de perra. Unos bastardos. Esa virulenta campaña de la Allen Press contra la policía, se ha desacreditado desde el primer momento. Desde su primera nota condenatoria. En todos los coléricos ataques de la Allen Press únicamente se menciona a la infortunada Judith Allen. ¿Quién recuerda a Brooke Murray? ¡Nadie! ¿Quién era Brooke Murray...? Sólo un muchacho negro que murió a consecuencia de una brutal paliza. No importa nada. Quedan muchos más negros en Harlem. Demasiados.

Edgar McKeon ahogó un suspiro.

—Creo que he cometido un error al llamarle. Imaginaba que en este tiempo que lleva de suspensión, bajo expediente, le habría hecho recapacitar.

—Esa era mi sorpresa, señor. El llamarme a mí. A un policía suspendido del servicio por tres meses y con posibilidad de ser retirado definitivamente del cuerpo. Un policía ya conocido por sus métodos extremadamente violentos. Un policía... asesino.

—No diga eso, Coleman. Me consta que lo ocurrido con John Nolan fue un accidente.

—¿Lo cree sinceramente, señor?

Los dos hombres enfrentaron sus miradas.

Durante unos instantes.

En silencio.

—Sí, Coleman. Creo en su versión de los hechos. Disparó a las piernas de Nolan. Justo en el momento en que él caía y...

—La bala le alcanzó en la cabeza —sonrió Mark Coleman—. Entre ceja y ceja. Cierto, señor. Así fue. No hubo testigos. Yo estaba solo tras John Nolan. Toda la policía

de Nueva York, el FBI... todos buscando a la pequeña Jennifer. Una serie de pistas casuales me llevaron hasta el Nolan Motel. Allí encontré a Jennifer. En el interior de un gran bidón de basura. Jennifer contaba siete años de edad. John Nolan no esperó a cobrar el rescate solicitado. Mató y violó a la niña. Fui a por Nolan. Al verme intentó huir. Disparé a las piernas, pero el diablo le hizo tropezar y caer por la escalera. Recibió el proyectil en la cabeza. La otra versión, la que se considera verídica, afirma que apunté cuidadosamente a la cabeza de John Nolan y, con una sonrisa en los labios, le envié al infierno.

—Yo apoyo sus palabras, Coleman.

—No lo considere como una impertinencia, señor; pero no es necesario que se moleste. Me tiene sin cuidado la opinión de los demás. Incluso el ser retirado definitivamente del servicio. Recibí una felicitación. La de los padres de Jennifer. Es suficiente para mí.

Edgar McKeon se incorporó del sillón. Fue bordeando la mesa escritorio. Situándose frente a Mark Coleman, quien también se había levantado imitando a su superior.

—Nos hemos distanciado del asunto principal, Coleman. Puede que esté equivocado, pero mi oferta sigue en pie. Le considero un buen policía. Con muchos defectos, pero un buen policía. Al menos para integrarse en la Brigada Cero. Y sigo proponiéndole como jefe de una de las patrullas. Ya le he hablado de la misión a realizar y de la autonomía de la Brigada Cero. ¿Cuál es su respuesta?

Coleman sonrió.

Duramente.

—Acepto, señor.

Edgar McKeon se ladeó hacia la mesa escritorio. Tomó una cartulina plastificada y perforada en cuyo adverso se fijaba una placa. Al frente figuraban los datos de Mark Coleman junto con su fotografía.

—No dudé un solo momento de cuál sería su respuesta. Aquí tiene la credencial, Coleman —Edgar McKeon tomó también un papel de la mesa—. Y aquí figuran las diferentes patrullas de la Brigada Cero. Las que he seleccionado hasta ahora. Cada coche patrulla con una dotación de dos o cuatro hombres. Pueden comunicarse entre sí por radio y con una Unidad Central aquí instalada. Yo soy el jefe máximo de la Brigada Cero. A nadie más deben rendir cuentas. Quiero limpiar Nueva York de sus alimañas más peligrosas. Y quiero resultados.

—Los tendrá, señor.

—¿Qué coche patrulla elige, Coleman? Los señalados con un

círculo están ya completos con su correspondiente jefe, pero los...

—El número siete —interrumpió Mark Coleman—. Iré con Walt Prentiss.

McKeon arqueó las cejas.

—¿Con Prentiss...? Tenía entendido que no simpatizaba con él. Fue su compañero en el Departamento de Homicidios, ¿no es cierto?

—En efecto. Tenemos diferentes puntos de vista, pero Walt es un magnífico policía. Digno de figurar en una sección especializada como Brigada Cero.

—Quiero advertirle de algo, Coleman. Antes le hablé a grandes rasgos de la Brigada Cero y lo que deseamos conseguir con su creación. Brigada Cero. Un nombre muy significativo. Será como un equipo fantasma. Hombres de paisano en coches sin distintivo alguno. Y los posibles triunfos que logren no serán atribuidos a la Brigada Cero.

—Conozco a la mayoría de los hombres que se relacionan en esta lista, señor. Y ninguno de ellos busca laureles.

—Lo sé, Coleman. ¿Cuándo quiere empezar?

—Ahora. Esta misma noche.

—Encontrará a Walt Prentiss en la sala de computers. He hablado con él hace apenas un par de horas y esté a la espera de su compañero de equipo. Puede ir a reunirse con él.

—Muy bien, señor.

—Coleman.

Mark Coleman, que ya se había encaminado hacia la puerta del despacho, giró hacia su superior.

—¿Sí, señor?

—Las diferentes patrullas de Brigada Cero que van a deambular por Nueva York no tienen una misión concreta. Sólo la de hacer respetar la ley y el orden en las zonas más peligrosas de la ciudad. Libres de una serie de ataduras que imposibilitan a otros medios de seguridad. A usted sí voy a encomendarle una misión determinada. Forma parte del ultimátum que se ha lanzado contra nosotros.

—¿De qué se trata, señor?

—Quiero a los asesinos del subway. Los que mataron a Brooke Murray y provocaron la trágica muerte de Judith Allen.

De nuevo los grises ojos de Coleman acusaron un leve destello. Asintió dibujando en su rostro una dura sonrisa.

—Cuente con ello, señor.

Walt Prentiss se llevó a la boca una pastilla de *chewing gum*. No fumaba. Tampoco bebía. No se le conocía ningún vicio. Pronto cumpliría los cuarenta años de edad. Rostro taciturno. Enemigo de sonreír.

Prentiss era policía desde los veintidós años de edad. Todo un veterano. Llegó a ser inspector del Departamento de Homicidios. Una brillante hoja de servicio. Todo perfecto... hasta que contrajo matrimonio con Peggy.

—¿Lo has solicitado tú, Mark?

—¿El qué?

—Sabes a qué me refiero. Había otras secciones incompletas. Incluso podías capitanear un equipo de tres hombres. ¿Por qué elegirme a mí? Tú y yo solos.

Mark Coleman, sin discutir la conducción del vehículo, desvió la mirada. Dirigiendo una sonrisa a Prentiss.

—Me gusta codearme con los mejores. Así tengo más posibilidades de triunfar.

—Y dificultades, Mark. También te ocasionaré dificultades.

—¿No has cambiado?

—¿Lo has hecho tú, Mark? ¿Has cambiado tú? —ante el silencio de Coleman, añadió irónico—: Por supuesto que no. Y así estamos, Mark. Marginados. Como lo peorcito. Tú separado del servicio en espera de solucionar un expediente, y yo... ¿Sabes lo que hacía yo? En las cocheras de la Metropolitan Police del Distrito Catorce. Sí, muchacho. Allí estaba. Ahora nos hacen llamar. Hay que realizar un trabajo sucio. Y nada mejor que llamar a la escoria.

—Te equivocas. Han llamado a los mejores.

—Eres muy gracioso.

—No, Walt. Los de Brigada Cero somos hombres especializados. Insobornables... y duros.

—¿Duros? —rió Prentiss en amarga carcajada—. A ti te llaman asesino y a mí carnicero. Estamos marcados, Mark. Somos policías para trabajos sucios. De ahí que nos destinen a limpiar cloacas.

Coleman sonrió.

—En efecto, tampoco tú has cambiado.

Quedaron en silencio.

Walt Prentiss escupió la goma de mascar por la ventanilla. Fijó los ojos en el parabrisas. Ya era noche en la gran ciudad. Riadas de vehículos, multicolores luminosos de neón, viandantes rezagados camino del hogar...

Para Prentiss todo aquello eran borrosas sombras. Estaba pensando en Peggy. Una vez más. No había conseguido olvidarla. Continuaba amándola. Aun después de muerta.

Peggy...

En los primeros meses del matrimonio sí fueron felices. Peggy parecía comprender el duro y sacrificado trabajo de Walt Prentiss en el Departamento de Homicidios. Sin un horario fijo. Sin aparecer algunas noches por el hogar. Peggy le esperaba despierta. Hasta la madrugada. Una noche, la espera fue compartida con una botella de whisky. Peggy la necesitaba para combatir la soledad. Llegó un momento en que el whisky no fue suficiente.

Walt Prentiss se esforzó en ayudar a su esposa. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero ya era demasiado tarde. El hogar se había convertido en un infierno. Primero una inofensiva anfetamina proporcionada por una vecina para dar euforia a Peggy. Luego una dosis de LSD. Más tarde la prohibida morfina...

Peggy había caído en el abismo de las drogas. Abandonó el hogar. Se ausentaba durante semanas. Y cuando aparecía, Prentiss la perdonaba y acogía con la esperanza de retenerla.

Una vaga esperanza.

Peggy volvía a escapar. Y regresaba convertida en un guiñapo. Degradada más y más. Hasta que cierto día, ya no regresó más. Su cuerpo apareció en la habitación de un sucio hotel del Bowery. Apuñalada por un borracho que le disputó la botella de whisky barato.

Ya había transcurrido mucho tiempo.

Cerca de diez años.

Sin que Walt Prentiss consiguiera olvidar.

Desde la muerte de Peggy, la brillante hoja de servicio de Walt Prentiss comenzó a eclipsarse. Se convirtió en un policía duro e implacable. Despiadado. Fue retirado del cargo de inspector. Sometido a continuos expedientes y sanciones. Hasta que ocurrió lo de Jack Fleischer. Un mal bicho. Un individuo abastecedor de droga en colegios y salones de máquinas tragaperras. Un vulgar peón, pero Walt Prentiss le hizo cantar. Se encerró con Fleischer en una habitación. Y Jack Fleischer delató a un poderoso clan de la Mafia dedicado en exclusiva al imperio de la droga. Luego pasó al hospital. El «tercer grado» de Walt Prentiss le condenó de por vida a una silla de ruedas.

Aquello fue el final para la carrera de Prentiss. Los médicos no determinaron causa efecto en la paliza recibida por Jank Fleischer. Eso le salvó de ser retirado del cuerpo con deshonor; pero quedó como simple patrullero. En servicio rutinarios.

—¡Eh, Walt...! Te he hecho una pregunta.

—¿Cómo...?

—Olvidalo.

—Disculpa, Mark. Estaba pensativo.

Mark Coleman no hizo ningún comentario. Imaginaba los pensamientos de Walt Prentiss. En su amada Peggy. La muchacha de rubios cabellos y exultante sonrisa. Bella como una diosa. Así la recordaba Prentiss. Así se esforzaba en recordarla, pero el guiñapo humano del hotel de Bowery le continuaba atormentando día y noche. Sin tregua. Amargándole.

Walt Prentiss parpadeó al divisar el Herald Square.

El automóvil enfilaba hacia Murray Hill.

—¿Qué hacemos aquí, Mark?

—Ya conoces el trabajo que nos ha encomendado el teniente McKeon. Capturar a los tres asesinos del subway.

—¿Y esperas encontrarlos aquí?

—Quiero hablar con Norman Allen. Tiene su cuartel general en Murray Hill. De seguro está ultimando uno de sus furibundos ataques para mañana ser divulgado por la Allen Press. Un ataque contra la policía neoyorquina.

—¿Qué piensas conseguir de Norman Allen?

—Es simple curiosidad. Quiero preguntarle qué hacía su hija en el subway a avanzadas horas de la noche.

Walt Prentiss racionaba las sonrisas.

Y ahora sonrió.

—Nos vamos a divertir, Mark.

CAPITULO IV

La secretaria ni tan siquiera se molestó en dirigirles una mirada. Continuó tecleando sobre una de las máquinas electrónicas.

—Lo lamento. El señor Allen no recibe sin cita previa. Pueden dejar su...

—Somos policías —interrumpió Mark Coleman—. Y queremos hablar con Norman Allen. Ahora.

La mujer sí alzó ahora la cabeza. Fijando la mirada en los dos hombres. Una mirada marcadamente despectiva.

—Esperen un momento.

La secretaria se incorporó acudiendo hacia la puerta emplazada al fondo de la antesala.

Mark Coleman encendió un cigarrillo. Permaneciendo junto a la mesa de recepción. Walt Prentiss acudió hacia el sofá que adornaba la estancia. Allí estaba sentado un individuo. Joven. De unos veintidós años de edad. Rostro aniñado. Se protegía los ojos con unas gafas oscuras. Sus manos sostenían un sobre al que daba continuas vueltas. El nerviosismo en el muchacho era patente.

Retornó la secretaria.

—Pueden pasar.

Coleman hizo una seña a su compañero.

Avanzaron hacia la puerta que conducía al despacho de Norman Allen. Este les esperaba tras una artística mesa escritorio. Cercado por teléfonos, videotex y montañas de papeles. No se dignó incorporarse ante la llegada de los dos policías.

—¿Alguna novedad? —inquirió Norman Allen, con fría voz—. ¿Ya han capturado a los asesinos de mi hija?

Coleman exhaló una bocanada de humo. Dirigió una mirada por la estancia. En una deliberada pausa. Contemplando el severo y lujoso mobiliario del despacho biblioteca.

—Ninguna novedad, Allen.

—¿Qué quieren entonces? No me gusta perder el tiempo. Yo no soy policía.

Coleman sonrió.

—Comprendo, Allen. Soy el agente Mark Coleman. Este es mi compañero Prentiss. Nos han designado para investigar en el asesinato de Brooke Murray y el ataque a su hija.

Norman Allen aún no había alcanzado la frontera de los cincuenta años. Se mantenía fuerte. Al menos ése era su aspecto físico. Rostro de facciones muy marcadas. Acusando gran energía. Sus ojos, entoldados por pobladas cejas, se posaron alternativamente en Coleman y Prentiss. Terminaron por centrarse en Mark Coleman.

—¿Son de Homicidios? El inspector Curtis, del Departamento de Homicidios, es quien lleva...

—También nosotros —cortó Coleman—. Queremos solucionar cuanto antes el caso.

La mueca de una sonrisa se reflejó en el rostro de Norman Allen.

—Imagino el interés de sus superiores. No les gusta estar en la picota. Voy a adelantarle algo, Coleman. Cuando los asesinos de mi hija estén encarcelados, seguiré en mis ataques a la policía neoyorquina. La ciudad es un nido de ratas. Y la policía nada hace por exterminarlas.

—Dejemos eso, Allen. Sus ataques actuales o futuros me tienen sin cuidado —dijo Coleman—. No queremos hacerle perder mucho tiempo. ¿Puede responder a unas preguntas?

—¿Más preguntas? El inspector Curtis...

—Nosotros no somos del Departamento de Homicidios —intervino Walt Prentiss—. Somos un grupo especial. Nos vamos a dedicar en exclusiva a Tas ratas.

—¿Qué quieren saber? —dijo Allen, haciendo caso omiso a la ironía latente en la voz de Prentiss—. Dudo que pueda serles de mucha ayuda en mis respuestas.

Mark Coleman se aproximó a la mesa para aplastar el cigarrillo en el cenicero de fino cristal tallado.

—Nos intriga el hecho de que su hija viajara en el subway a altas horas de la noche. Hemos leído sus declaraciones al inspector Curtis. Dice que tuvo una discusión con su hija y ella abandonó precipitadamente la casa.

—Correcto.

—¿Por qué esa discusión, Allen?

Norman Allen enrojeció.

—Eso no le importa. Ni lo considero relacionado con el caso. Fue una discusión familiar.

—Puede que sí resulte interesante conocer los motivos que impulsaron a su hija, Allen. ¿Tiene miedo de hablar?

—¿Miedo? —parpadeó Allen—. ¿Qué insinúa?

—Nada, Allen. Simplemente me sorprende su reserva. Como si ocultara algo. ¿Teme ser causante indirecto de la muerte de su hija?

—Lárguese, Coleman. No quiero seguir escuchándole. ¡Fuera los dos!

—He leído su declaración. Afirma que Judith no tenía amistades. Que era una muchacha solitaria. Y eso me sorprende. Judith era joven. Siempre hay alguien en un joven corazón solitario. Un pretendiente, un amigo...

—Ha leído mal mis declaraciones, Coleman. Mi hija tenía amistades, pero no intimaba con nadie.

—¿No se lo permitía usted?

—¡Largo, Coleman...! ¡Fuera!

Mark Coleman sonrió.

—Comprendo. Investigaré en ello. Judith tomó el subway para reunirse con alguien. Por supuesto nada tiene que ver con los tres asesinos, pero resultará interesante conocer las causas que motivaron a una muchacha a introducirse en el infernal subway nocturno. Apuesto que también interesará a la opinión pública. Todos se preguntan qué hacía Judith Allen en el subway nocturno. Ninguna de las notas de la Allen Press habla de ello. Usted provocó el suceso, Allen. Hizo que Judith saliera de casa. Que acudiera en busca de la compañía que usted le negaba.

Norman Allen se había incorporado del sillón. Con crispado rostro.

—Habla demasiado, Coleman. Mi hija no iba en busca de nadie. Fue una discusión familiar. Le notifiqué que pensaba casarme de nuevo. Y Judith reaccionó mal. Eso es todo. Estaba ya disgustada conmigo. Judith creía estar enamorada de un muchacho de la universidad llamado Peter Shade.

—Y usted le prohibió esa amistad.

—Más despacio, Coleman. Judith era una chiquilla. Consideré a ese Peter Shade como un cazadotes. Cuando Judith salió airadamente de casa, no acudió a reunirse con él.

—¿Cómo lo sabe?

La mueca de una sonrisa volvió a reflejarse en el rostro de Norman Allen. Se inclinó sobre el interfono depositado en la mesa pulsando una de las palancas.

—Stella...

Una voz respondió de inmediato por el micro.

—¿Sí, señor Allen?

—Haga pasar a Peter Shade.

Norman Allen desconectó el interfono a la vez que dedicaba una despectiva mirada a los dos policías.

Se abrió la puerta del despacho para dar paso al individuo joven de la antesala. El nerviosismo de sus manos parecía haberse incrementado. Quedó inmóvil bajo el umbral.

—Adelante, Peter... Pasa —invitó Norman Allen—. Estos dos hombres son policías. Quieren hacerte algunas preguntas.

Peter Shade obedeció adentrándose en la estancia. Alzó la diestra para despojarse de las gafas oscuras. Descubrió unos ojos enrojecidos. Como si hubiera estado llorando.

—¿Eras amigo de Judith? —interrogó Coleman.

—Sí...

—¿Tu novia?

Peter Shade dudó en la respuesta. Desvió la mirada hacia Allen, para seguidamente inclinar la cabeza.

—No.

—¿Dónde vives? —inquirió Mark Coleman—. ¿Cuál es tu domicilio?

—Tengo una pequeña habitación alquilada en Stack Road —murmuró Shade, con voz apenas audible—. Me trasladé hace aproximadamente un mes. Quería estar cerca de Judith. Salíamos juntos para la universidad y...

—Ya lo ha oído, Coleman —interrumpió Norman Allen—. En Stack Road. A muy poca distancia de mi domicilio.

Coleman se adelantó unos pasos.

Aproximándose a Shade.

—¿Pensabas reunirte con Judith la noche de su muerte?

—No.

—¿Te telefoneó esa noche? —siguió preguntando Coleman—, ¿Se puso en contacto contigo?

—No...

—¿Por qué no termina de una vez, Coleman? —gritó Allen—. ¡Está perdiendo el tiempo y haciéndolo perder! ¡Aquí no encontrará a los asesinos de mi hija!

Mark Coleman hizo una indicación a su compañero.

Avanzaron hacia la puerta.

—Gracias por su amabilidad, Allen —dijo Coleman, bajo el umbral—. Pronto le suministraré noticias para la Allen Press.

—Las esperaré con impaciencia —replicó Norman Allen—, Cuento con un empleado más. Peter Shade. Desde hoy trabaja para mí. En la sección de teletex. Me gusta estar rodeado de los mejores.

Mark Coleman esbozó una sonrisa. Dirigió una mirada a Peter Shade. Este continuó con la cabeza inclinada. Sin atreverse a alzar los ojos.

Ningún comentario más surgió de Coleman. Junto con Walt Prentiss abandonó el edificio. Minutos más tarde se acomodaban en el interior del Pontiac.

—¿Y bien? —dijo Prentiss, rebuscando en los bolsillos la caja de goma de mascar—. ¿Qué hemos adelantado?

—Conocer un poco más a Norman Allen.

—Un hijo de perra. Al igual que el tal Peter Shade. Se ha dejado comprar por un plato de lentejas. Por un puesto en la Allen Press. No se ha atrevido a decir que amaba a Judith Allen. Que eran novios pese a la prohibición de Norman Allen. Se ha comportado

como un cobarde.

Coleman sonrió.

—No le culpes. Está aturdido por lo ocurrido. Es joven e incapaz de reaccionar. Cuando lo haga, enviará al infierno a Allen y a la Allen Press. Sospecho que fue el mismísimo Norman Allen quien llamó a Shade. Los remordimientos. Su hija ha muerto. Y quiere tranquilizar la conciencia ofreciendo un puesto de trabajo a Peter Shade.

—Tal para cual. Dos bastardos.

Mark Coleman puso en marcha el vehículo.

—Vamos a hacer otra visita, Walt. Esta sí será más productiva. Arthur Schroder o Hal Hesseman. Los dos únicos testigos de lo ocurrido en el subway.

—¿Acaso no has leído sus declaraciones? Están muertos de miedo. No saben nada, no han visto nada... Sólo tres melenudos. Ningún otro dato más. Tres melenudos sin nombre, sin rostro...

—Nosotros no pertenecemos al Departamento de Homicidios. Tenemos... diferente método para interrogar a un testigo.

Walt Prentiss asintió endureciendo las facciones. Con un súbito brillo reflejado en los ojos.

—¿Por quién empezamos?

—Arthur Schroder es casado y con familia. Hal Hesseman vive solo. Divorciado. Su mujer se quedó con los hijos.

—Ese, Mark. Hal Hesseman. Hablará. Tiene menos que perder. Coleman sonrió.

—Te equivocas, Walt. Vamos a por Arthur Schroder.

CAPÍTULO V

Arthur Schroder ladeó instintivamente la cabeza. Esquivando las salpicaduras de su mujer. Gladys hablaba con lluvia de diminutas gotas de saliva que disparaba a discreción. Ese era su defecto. Y no el único. Gladys había engordado. Empezó a engordar desde el primer día de la boda. Desde entonces, ya quince interminables años, no había cesado de incrementar carnes. Su rostro se había tornado grasiento y adiposo.

—Un inútil. Eso es lo que eres, Arthur. Un perfecto inútil. Está muy cómodo el señor, ahí sentado. ¡Contemplando la televisión como un idiota!

Arthur Schroder entreabrió los labios. Iba a hablar. A protestar. Decir que aquél era su día de descanso. Uno cada tres semanas. Schroder trabajaba la mayoría de las fiestas que le correspondían para incrementar el sueldo.

No pudo hablar.

De nuevo el vozarrón de Gladys le cortó toda posibilidad.

—Meterte en problemas es lo único que haces bien. ¡En eso eres grande! Si algo malo ocurre, allí estás tú. ¡Oh, Dios...! Cada vez que pienso que podía estar casada con Spencer McDouglas. Me lo pidió más de una vez. McDouglas es ahora propietario de una cadena de supermercados en el Bronx. ¿Y qué has hecho tú? ¡Encerrarme aquí! ¡En Barrio Hoven! ¡Lo más miserable del Bronx! ¡El basurero de Nueva York!

Arthur Schroder empuñó los ojos. Ya no podía presenciar el diferido partido de béisbol. Gladys se había interpuesto entre él y el televisor. Ocultando toda la pantalla.

—¡Un vago y un inútil! —remató Gladys, por enésima vez—. ¡Jamás saldrás de la basura!

Freddy estaba también en la sala. Con un cómic de Superman entre sus manos. Prestando atención a la voz de su madre. Era más divertido que el cómic. Rió por lo bajo.

Arthur Schroder hizo ademán de alargar la diestra para soltar una bofetada a su hijo.

—¡Quieto! —advirtió Gladys, amenazadora—. No le pegues al pequeño. No es culpable de tu mediocridad.

Freddy volvió a reír.

Ahora más abiertamente.

El pequeño Freddy... Ya había cumplido los catorce años. Alto como una jirafa. Con el rostro plagado de diminutos granos.

Arthur Schroder se incorporó cansinamente.

—¡Sí, eso es! —gritó Gladys, ocupando el sillón—. ¡Ahora lárgate! ¡Como siempre! No te gusta oír las verdades, ¿eh? Si tu miserable

sueldo fuera...

Schroder abandonó la estancia cerrando tras de sí.

En el pasillo estaban Emma y Jimmie. Ocho y doce años de edad. Jugando a carreras con dos gruesas y negras cucarachas. Previamente les habían arrancado una pata para hacer más emocionante la competición.

Schroder se aproximó esbozando una sonrisa.

—¡Por favor, pa! —protestó Jimmie—. No te acerques. Apestas a comida barata y las cucarachas no se concentran en la carrera.

Emma asintió.

—Es cierto, pa. ¿Por qué no te pierdes? La sonrisa se fue borrando del rostro de Arthur Schroder. Giró sobre sus talones. Arrastrando los pies por el corto pasillo. Hacia la puerta de salida. Abandonó el apartamento.

Justo en el momento en que dos hombres terminaban de subir la escalera y se detenían en el rellano.

—¿Arthur Schroder? —inquirió uno de los individuos, con un cigarrillo humeando en los labios.

Schroder contempló alternativamente a los dos hombres.

—Sí...

—Somos policías. Agente Coleman y mi compañero el agente Prentiss. Queremos formularle algunas preguntas.

—¿Preguntas? Ya he sido interrogado por la policía. Tienen mi declaración. Yo no...

—En la azotea, Arthur —interrumpió Walt Prentiss, empujando al individuo—. Allí hablaremos tranquilos y sin curiosos. Sube. Apuesto que se disfruta de un bello panorama.

—Pero...

—Sube, Arthur. No nos enfades.

Arthur Schroder obedeció con un cierto temblor en las piernas. Aquellos dos individuos no le inspiraban mucha confianza.

Tres pisos más para llegar a la terraza. La casa no era muy alta. Como todas las de Barrio Hoven. Una zona miserable del Bronx neoyorquino. De los cinco *boroughs* de Nueva York: Manhattan, Brooklyn, Queens, Richmond y Bronx, este último era el menos afortunado. El más pobre de todos.

La panorámica desde la terraza no era muy alegre. Tejados y más tejados. Sucios tejados con famélicos gatos que deambulaban por entre postes y antenas de televisión.

La oscuridad de la noche hizo tropezar a Schroder con una destartalada caja olvidada en la azotea.

—Cuidado, Arthur... No te hagas daño.

Schroder forzó una sonrisa. Le pareció que la voz del policía, la del llamado Prentiss, rebosaba ironía.

—¿Un cigarrillo, Arthur? —Coleman había sacado la cajetilla, encendiendo otro emboquillado.

—No...

La llama del fósforo iluminó fugazmente las facciones de Mark Coleman. Un rostro inexpresivo. De acerada mirada en los grises ojos. Una mirada que hizo tragar saliva a Schroder.

—Bueno, amigo Arthur. Queremos los nombres. Los nombres y descripción de los tres melenudos del subway.

—No se pronunció ningún nombre en el vagón. Ya lo he dicho a la policía y...

—Nosotros somos la policía, Arthur. Conocemos tu declaración. Esos tres melenudos corresponden a tres auténticos hijos de perra. No está nada bien lo que hicieron con Brooke Murray y la chica. Merecen un castigo ejemplar.

—Yo no...

—Tranquilo, Arthur, tranquilo —sonrió Coleman, exhalando una bocanada de humo hacia el rostro de Schroder—, Te comprendo perfectamente. Y no quiero alarmarte, pero estás en peligro. Tú y los tuyos. Hal Hesseman ha hablado. Sabes quién es Hesseman, ¿verdad? El otro testigo del vagón. Ha dicho los nombres de los tres melenudos. Estamos investigando para dar con ellos.

—No es fácil —intervino Walt Prentiss, con pesados hombros—. Incluso es posible que Hal Hesseman nos soltara un embuste. Coleman asintió sonriente.

—No le culpes de ello, Walt. Le atizamos a placer. No sería extraño que nos soltara unos nombres al azar para librarse del castigo.

Arthur Schroder palideció. Su rostro se perló de sudor. Un sudor no originado por el calor reinante.

—¿Le... le han golpeado? ¿A un testigo?

—¿Golpear? —rió Prentiss—. Tiene varias costillas rotas y...

—Por favor, Walt —interrumpió Coleman—. No quiero que asustes a Arthur. Hal Hesseman está en el hospital. Sí, Arthur. En el hospital. Los tres melenudos, cuando sepan que les estamos buscando, desearán vengarse. ¿Contra quién? Tú vas a ser el elegido, Arthur. Tú y tu familia.

—¡Pero yo no he hablado ni...!

Schroder enmudeció.

Instintivamente se mordió el labio inferior.

Mark Coleman volvió a lanzarle una bocanada de humo al rostro.

—No, Arthur. Tú no has hablado, pero ahora sí lo harás. Ya no puedes negar. Conoces los nombres de los tres melenudos. Al igual que Hal Hesseman. Sólo que eres tú quién corre peligro. Tú,

tu mujer, los niños... Sólo tienes que darnos los nombres, Arthur. Si coinciden con los de Hesseman, te dejaremos en paz. Nadie sabrá nada. No te citaremos como fuente de información. Será un secreto entre nosotros.

Schroder se pasó el dorso de la mano derecha por la frente. Ahora bañada de sudor.

—Yo... yo no sé... Estaba muy distanciado en el vagón...

—Irán a por ti, Arthur. No seas idiota —dijo Prentiss—. Sólo queremos que corrobore los nombres que nos ha proporcionado Hesseman. Pueden ser ciertos, pero necesitamos también oír tu voz. Entonces actuaremos con mayor eficacia. Les daremos caza, Arthur. No lo dudes. Antes de que se presenten aquí. Te pegarán una paliza, violarán a tu mujer y... ¿de qué te ríes?

Arthur Schroder estaba riendo.

Sí.

Aquello de violar a Gladys le había hecho gracia.

—Bradford, Frank y Elliot. Esos son los tres nombres. Los únicos que intercambiaron los melenudos.

Coleman y Prentiss cruzaron una mirada entre sí.

Sorprendidos por la rápida capitulación de Schroder.

—¿Estás seguro, Arthur?

—Por supuesto. ¿Acaso no coinciden con los dados por Hal Hesseman?

Mark Coleman reaccionó con aplomo.

—Por supuesto. Esos fueron los nombres dados por Hesseman.

¿En cuanto a la descripción...?

—No la hay. No sé cómo hacerlo —murmuró Arthur Schroder—. Tres melenudos, rostro alargado... como tres hermanos gemelos. Igual vestimenta. Chaquetilla de cuero con una calavera en la solapa, pantalones vaqueros descoloridos... A decir verdad, no me atreví a mirarles la cara. Era lo más prudente.

—Ahora se ha comportado como un valiente, Arthur.

—¿De veras?

—Vamos a darles caza —aseguró Coleman—; no obstante, puedo proporcionarte protección. ¿Quieres un par de agentes frente a tu apartamento?

Schroder quedó en silencio. Pensativo. Los tres melenudos... Una paliza, otra paliza a Gladys, otra al insolente Freddy... Una paliza que tal vez le ocasionara la muerte. Muerte para el infeliz Arthur Schroder. Escapar definitivamente del pestilente Barrio Hoven. Tal vez fuera lo mejor. Debía haber colaborado desde el primer momento con la policía.

—No. No quiero protección.

—Lo dicho. Arthur —sonrió Walt Prentiss, palmeando la espalda

del individuo—. Eres un valiente.
Arthur Schroder también sonrió.
En una amarga y triste mueca.

* * *

Los datos habían sido transmitidos al NCIC. Al National Crime Information Center. Un sistema de computers en contacto con los terminales de las comisarías de policía. Allí estaban computadas millones de fichas. Ahora todo era cuestión de tiempo y suerte. Tres nombres tan sólo. Sin apellido. Tres jóvenes. Suficiente para que los computers fueran rechazando candidatos. Si estaban fichados, terminarían por aparecer.

—¿Dónde vives ahora, Mark?

—Tengo un pequeño apartamento en la Stack Avenue.

—¿Sigues con aquella chica,..? No recuerdo ahora... La enfermera.

—Shirley.

—Eso es.

Mark Coleman aprovechó un stop para encender un cigarrillo. Exhaló una bocanada dirigiendo una mirada a Prentiss.

—Voy a casarme con ella, Walt.

—Te felicito.

—¿De veras? —sonrió Coleman, reanudando la marcha del vehículo—. Has puesto voz de pésame.

—No me hagas caso. Yo soy un amargado.

—El mundo está lleno de amargados, Walt. Es el estado habitual del hombre. ¿Por qué crees que me decidí por Arthur Schroder? Fue una corazonada. Un hombre con varios años de matrimonio, con hijos, con problemas económicos...

Prentiss también sonrió.

—Sí. Un hombre que está deseando terminar de una condenada vez con todo. Sólo había que apretarle un poco las clavijas. Se tragó lo de Hesseman.

—Fue cuestión de suerte. Pudo haber fallado mi corazonada. Encontrarnos con la excepción que confirma la regla. Un hombre casado y feliz.

—¿Existe esa especie?

Los dos hombres rieron al unísono.

El Pontiac circulaba por Manhattan. Por el Broadway. Atrás había quedado el Sherman Square. El automóvil enfilaba en dirección al Central Park.

Calles solitarias.

Incluso el gigantesco monstruo de cemento y hierro llamado Nueva York tenía su aparente letargo. Faltaban pocas horas para el amanecer.

No llegaron a divisar el Central Park.

Primero sonó el grito. Un desgarrador alarido femenino que destacó en el silencio de la noche. En Perry Road. Cuando el Pontiac circulaba a corta velocidad y con las ventanillas abiertas.

Mark Coleman aproximó el vehículo a la calzada abriendo la portezuela. Los dos policías descendieron del automóvil.

—Pareció sonar por aquí, ¿verdad, Mark?

Coleman asintió dirigiendo una mirada por las fachadas de las casas cercanas. Ninguna ventana iluminada. Nadie se había asomado a curiosear.

De nuevo sonó el grito.

Mark Coleman y Walt Prentiss descubrieron ahora el lugar de procedencia. Una planta baja. Una librería situada a unas diez yardas.

Acudieron hacia allí.

Antes de llegar vieron salir a la mujer. Después de mucho porfiar con el pomo de la puerta. Una mujer que, en su desesperada huida, ni tan siquiera reparó en la proximidad de los dos policías.

Mark Coleman la retuvo.

—¡Eh, un momento! —Coleman, adivinando un nuevo grito en la mujer, añadió con tranquilizadora sonrisa—. Somos policías. ¿Qué te ocurre?

La mujer parpadeó.

Como si dudara de las palabras de Coleman. Tal vez sorprendida por la súbita aparición.

Frisaba en los treinta años de edad. Rostro excesivamente maquillado. Con un ajustado vestido desgarrado por una de las hombreras. Mostrando un sujetador de media copa. Los prominentes senos femeninos casi al descubierto. Subiendo y bajando en agitado respirar.

—¿Po... policías?

—Eso es —corroboró Walt Prentiss—, ¿Quién eres tú?

—Yo... yo...

—Una furcia, ¿no? —añadió Prentiss, sonriente—. Nada debes temer. Nosotros simpatizamos con las furcias. ¿Qué te ha ocurrido?

La mujer contempló alternativamente a Coleman y Prentiss. Acentuando la perplejidad en sus ojos. En ellos aún se reflejaba un leve temor. Su voz sonó entrecortada y temblorosa.

—Un... un hombre... el propietario de esa librería... Yo me

retiraba a casa... Me llamó desde su coche para reclamar mis... mis servicios. Era ya muy tarde y me negué, pero me prometió cien dólares. Acepté. Me llevó a la librería... en la trastienda... allí...

—Un sádico, ¿eh?

La mujer asintió.

Nerviosamente.

Mark Coleman se aproximó contemplando más detenidamente a la mujer. Tenía una hematoma en el pómulo izquierdo y señales en el cuello.

—¿Quieres formular alguna denuncia contra ese fulano?

—No...

—*Okay*. ¿Te acompañamos a casa?

Los labios de la mujer consiguieron esbozar una sonrisa. Denegó con leve movimiento de cabeza.

—No es necesario... gracias... Estoy cerca de casa... Adiós...

—Adiós —correspondió Walt Prentiss, con una burlona sonrisa—. Selecciona mejor a tus clientes.

La mujer se alejó con presuroso paso. Su diestra acarició una y otra vez el cuello.

Prentiss hizo ademán de retornar junto al Pontiac.

—Walt...

—¿Sí, Mark?

—Vamos a platicar con ese bastardo.

Walt Prentiss arqueó las cejas. Dirigiendo una interrogadora mirada a su compañero.

—¿Por qué?

—No me gustan los tipos que pegan a una mujer.

—Sin duda se trata de un pobre infeliz —rió Prentiss—. Según las estadísticas, un ochenta por ciento de los hombres casados se contienen de golpear a sus esposas. Y necesitan una válvula de escape. Por eso buscan a una prostituta para desfogarse.

—Sígueme, Walt. Olvida tus sarcásticas estadísticas.

Los dos hombres llegaron junto a la librería. El escaparate protegido por artístico enrejado. Por los libros de la vitrina se deducía que era un establecimiento especializado en textos médicos.

Mark Coleman hizo girar el pomo de la puerta de entrada, pero la hoja no cedió al empuje.

—Ha cerrado —sonrió Prentiss, divertido—. Sin duda nos ha visto hablando con la mujer.

Coleman comenzó a golpear la puerta.

Con violencia.

Se encendió una luz en el interior de la librería. Acusada en el

escaparate. A los pocos segundos se entreabrió la puerta. Con una gruesa cadena de seguridad acoplada.

Asomó el rostro de un individuo.

—¿Qué quieren?

Mark Coleman le mostró su credencial.

—Policía. Queremos hacerte unas preguntas.

El individuo dudó, aunque terminó por franquear la puerta. Se hizo a un lado permitiendo el paso de los dos policías.

La librería era espaciosa. Un mostrador al fondo. Con estanterías a ambos lados. Todo muy bien decorado.

—¿Cuál es tu nombre?

El individuo sonrió. Un hombre de unos cincuenta años de edad. De rostro mofletudo. Con grandes bolsas de carne bajo los ojos. El labio superior ligeramente hacia arriba. Un individuo repulsivo y viscoso.

—¿Qué les ha dicho la chica...? Era una vulgar ramera. La sorprendí con las manos en la caja registradora. Yo estaba en la trastienda preparando unas copas. La había invitado para pasar juntos un rato agradable. Me irritó que intentara robarme y le solté un par de bofetadas. ¿Me ha denunciado?

—No ha respondido a mi pregunta.

—Stanton. George Stanton. ¿Hay alguna denuncia contra mí, agente?

Mark Coleman no se dignó a responder al individuo. Avanzó hacia el mostrador. Fijando la mirada en la puerta situada a la izquierda.

—¿Conduce a la trastienda?

—Sí.

—Vamos a echar un vistazo a tu nidito de amor.

—¡No pueden hacer eso!

La súbita exclamación hizo intercambiar una mirada a Coleman y Prentiss.

—¿Por qué no, amigo George? —inquirió Walt Prentiss—. ¿Nos ocultas algo? ¿Un cadáver en el armario?

Dos zancadas habían emplazado a Mark Coleman junto a la puerta. Hizo girar el pomo. La trastienda era igualmente espaciosa. Un mueble biblioteca ocupaba casi la totalidad de una de las paredes. Con profusión de libros cuidadosamente ordenados y clasificados. Algunos de ellos protegidos con plástico. Había un sofá transformable en cama. Junto a una mesa.

Y sobre la mesa había varias publicaciones pornográficas. A todo color. Porno duro. De todo tipo. Las más obscenas aberraciones sexuales estaban allí plasmadas.

Walt Prentiss tomó sonriente una de las revistas.

—¿Cuántos ejemplares al día, George?

—No me dedico a vender pornografía —replicó George Stanton, con enrojecidas facciones—. Son de mi colección privada. No hay delito alguno en... ¡eh...! ¿Qué hace?

Mark Coleman estaba abriendo los cajones del mueble biblioteca. George Stanton trató de aproximarse para impedirlo, pero Prentiss le cerró el paso empujándolo sin contemplaciones.

—Tranquilo, George. No te alteres.

—¡No pueden hacer eso! ¡No es legal! ¡No tienen orden de registro! ¡No pueden...!

Fue en el último cajón. Un álbum de negras tapas de piel. De los utilizados para colocar fotografías. Había varios recortes de prensa. Todos ellos relacionados con el estrangulador del Central Park. Desde su primera víctima. Recortes de prensa de todos los periódicos y revistas que habían tratado el tema.

—¿Qué significa esto, George?

Walt Prentiss se había aproximado para echar una mirada al álbum. Junto a los recortes había también fotografías. Cinco. Cinco cadáveres. Cinco muchachas violadas y estranguladas en el Central Park.

Los dos policías fijaron su mirada en el ahora pálido George Stanton.

—Me... me intereso por el caso —tartamudeó Stanton—. Vivo cerca del Central Park y... Yo... puede que resulte morboso, pero recorto todo cuanto se publica del asesino del Central Park.

—El Central Park está ahora muy vigilado, George —dijo Coleman, aproximándose al individuo—. ¿Por eso has decidido estrangular aquí, en la librería? He visto huellas en el cuello de la mujer que salió de aquí. ¿Trataste de estrangularla?

La reacción del individuo sorprendió a Mark Coleman. Fue muy rápido. Tomó una figura de bronce que adornaba en una de las estanterías de la biblioteca. Y golpeó a Coleman. Este, aunque quiso esquivar el ataque, recibió el impacto tras la oreja izquierda desplomándose aturdido.

George Stanton arrojó seguidamente la figura contra Prentiss para a continuación correr hacia la puerta.

Walt Prentiss se ladeó esquivando el golpe. Llevó su diestra a la funda sobaquera apoderándose del Smith Wesson.

Fue tras el individuo.

George Stanton estaba junto a la caja registradora. Abrió un cajón semioculto bajo el mostrador.

Walt Prentiss quedó bajo el umbral. Con el revólver en la diestra. Contempló cómo Stanton se apoderaba de una automática Luger. No le dio la voz de alto.

Se limitó a sonreír.

Incluso permitió que George Stanton girara hacia él con la automática en la mano.

Fue entonces cuando Walt Prentiss apretó el gatillo del Smith Wesson. Sin dejar de sonreír. El proyectil se incrustó en la frente de Stanton. Entre ceja y ceja. La cabeza del individuo osciló con violencia al recibir el impacto. Lo último que contempló antes de emprender el viaje al Más Allá fue la sonrisa de satisfacción reflejada en el rostro de Walt Prentiss.

CAPITULO VI

Mark Coleman pulsó el llamador.

Aunque la espera se prolongó un par de minutos, no volvió a presionar en el timbre de llamada. Percibió cómo era observado por la mirilla y seguidamente escuchó el deslizarse de la cadena de seguridad y cerrojo.

Se abrió la puerta.

—Hola, Shirley.

Fue recibido por una dulce sonrisa dibujada en unos gordezuelos labios femeninos. Unos húmedos labios que acudieron a unirse con los de Coleman.

—Te he estado esperando, Mark...

Coleman sonrió contemplando a la muchacha.

Shirley Scott. Veintitrés años de edad. Rostro ovalado. De bellas facciones. Cuerpo de armoniosas curvas que se adivinaban bajo la ceñida bata anudada a la cintura.

—Ha sido una larga jornada de trabajo, Shirley —dijo Coleman, adentrándose en el apartamento—. Ya está amaneciendo. Tú empiezas ahora tu turno en el Woods Hospital. Por eso decidí visitarte. Tomaremos café juntos y luego te acompañaré al...

—He cambiado el turno con una compañera —interrumpió Shirley, sonriente—. Tenía proyectado dormir hasta el mediodía.

—¡Oh, no!

La muchacha dejó escapar los cascabeles de su garganta en cantarina risa.

—No te preocupes. Celebro tu decisión. Y también el que aceptaras la oferta del teniente McKeon. Cuando ayer no acudiste a recogerme en el hospital, supuse que habías aceptado. Me alegro, Mark. Me alegro por ti.

Habían pasado al salón contiguo al *living*.

Coleman acudió al mueble-bar.

—Se trata de un cuerpo especial, Shirley. Una fuerza de choque para combatir a la peor delincuencia de Nueva York. Una sección denominada Brigada Cero. Compuesta por policías desacreditados. Maddox, Palmer, Prentiss... Lo peorcito. Por eso he sido yo también uno de los seleccionados.

—El teniente ha llamado a los más capacitados.

Coleman sonrió.

Tras vaciar el vaso de whisky, se dejó caer en uno de los sillones que adornaban el salón. Instintivamente una mueca de dolor se acusó en su rostro. Llevó la mano izquierda a la nuca.

—¿Qué te ocurre, Mark?

—Un golpe sin importancia.

—Déjame ver... —la muchacha se aproximó palpando con suavidad la cabeza de Coleman—. Tienes una pequeña brecha, Mark. Te pondré algo para cicatrizarla. Ven...

Coleman se incorporó obedeciendo dócil.

Fueron al dormitorio de la muchacha. En el cuarto de baño estaba el botiquín. De allí salió Shirley portando un frasco y rollo de cinta.

—¿Cómo ocurrió, Mark?

—Fue el estrangulador del Central Park.

La joven agrandó sus almendrados ojos. Reflejando en el rostro una mueca de sorpresa.

—¿El... el estrangulador...? ¿Le habéis capturado?

—Está muerto. Prentiss acabó con él.

—¿Estás con Walt?

—Ahá. Es mi compañero de patrulla.

—No me gusta Walt.

—Es un buen policía. Con sus correspondientes defectos. Todos tenemos defectos.

—Walt Prentiss vive amargado, con rencor, con odio hacia todo y hacia todos... No puede resultar un buen compañero.

—Yo mismo lo he elegido, Shirley.

La muchacha hizo un gracioso mohín de resignación.

—Bien... Hablemos del estrangulador. ¿Cómo fue el dar con él?

—Siempre ocurre igual, Shirley. Esos asesinos psicópatas terminan siendo capturados por pequeños descuidos o por cuestión de suerte. En contadas ocasiones es producto de una concienzuda investigación. Resultó ser un librero llamado George Stanton. Un hombre sin antecedentes. De intachable conducta. Encontramos un álbum con recortes de prensa relacionados con los asesinatos del Central Park en la trastienda de la librería. Walt Prentiss ha quedado allí colaborando con los de Homicidios. Se ha encontrado también un diario de Stanton. El él detalla todos sus horribles crímenes. Walt sugirió que fuera a descansar un poco. Ha sido una primera noche muy agitada.

—El suceso habrá sido recibido por las últimas ediciones de los periódicos. Y también por la Allen Press. Ya no dedicará exclusivos ataques contra la policía. El estrangulador del Central Park ha cesado en sus crímenes.

—Dudo que sirva de consuelo a las cinco muchachas asesinadas.

—Habitamos en una peligrosa jungla, Mark. Hay ángeles y demonios.

—Tú sí eres un ángel...

Coleman abarcó la cintura femenina. Atrajo a la muchacha contra

sí besándola en. los labios. Largamente.

Fue Mark Coleman quien se separó de la joven.

—Debo irme. Pasaré por el departamento para...

—No, Mark —interrumpió Shirley, con firme voz—. Te quedas aquí. Por una sola vez, apruebo las palabras de Walt. Necesitas descanso. Ese golpe en la cabeza...

—No es nada de importancia, Shirley. Y tú lo sabes.

La muchacha empujó a Coleman hacia el lecho.

—Descansa tres o cuatro horas, Mark. ¿Quieres tomar algo antes de dormir? ¿Te preparo un zumo de naranja? Apuesto que tu cena se ha limitado a un vulgar sandwich de hamburguesa.

—Shirley, yo...

—Ni una palabra más. Zumo de naranja y a dormir.

La muchacha abandonó la habitación dejando a Coleman con la sonrisa en los labios. Este se incorporó acudiendo al contiguo cuarto de baño. No pensaba seguir el consejo de Shirley. Tomaría una estimulante ducha fría y luego se dirigiría al Departamento.

Mark Coleman salió del baño minutos más tarde. Envuelto en una longitudinal toalla. En el armario había ropa suya.

Se detuvo a mitad de camino.

Sin llegar al armario que ocupaba una de las paredes del dormitorio.

Quedó con la mirada fija en Shirley. La muchacha estaba sobre el lecho. Se había despojado de la bata. Lucía un corto negligé en transparente tul moteado con minúsculo slip a juego. Los pequeños y erectos senos se dibujaban turbadoramente bajo la fina tela.

Sobre la mesa de noche un vaso de zumo de naranja.

Mark Coleman se aproximó.

Hizo caso omiso al zumo de naranja.

Toda su atención se centraba en Shirley. Sobre el seductor cuerpo femenino que pronto encontró entre sus brazos. En los exultantes labios de la muchacha que le esperaban impacientes.

Coleman ya no acudió al Departamento.

Quedó allí con Shirley.

Una hora, dos horas, tres...

Ni tan siquiera le despertó el timbre del teléfono. Apenas audible para Coleman. Incapaz de romper su profundo sueño.

Fue Shirley quien alargó perezosamente su diestra hacia el teléfono depositado sobre la mesa de noche. Atrapó el micro.

—¿Sí?

La somnolencia de Shirley desapareció casi al instante. Respondió a su comunicante con breves monosílabos para seguidamente colgar el auricular.

Se volvió hacia Coleman.

—Mark... ¡Mark! ¡Despierta!

Coleman entreabrió los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Ha telefonado Walt. Viene hacia aquí. Se ha identificado a uno de los asesinos del subway.

CAPITULO VII

Walt Prentiss mantenía el Pontiac estacionado en doble fila. Una pastilla de mascar en la boca. Sonrió al ver aparecer a Coleman.

—Buenos días, Mark.

—Estoy avergonzado, Walt. He dormido más de cuatro horas y...

—Necesitabas ese descanso —interrumpió Prentiss, abriendo la portezuela y situándose frente al volante—. ¿Cómo sigue tu cabeza?

Mark Coleman se había acomodado también en el interior del Pontiac.

—Bien, bien... Cuenta las novedades.

—Llamé a tu apartamento. El teniente McKeon me proporcionó el número. Y al no responderme, me dio el teléfono de Shirley Scott. Fue hace un par de horas cuando los computers, después de ir descartando a infinidad de individuos llamados Frank, Elliot y Bradford, se quedaron con uno. Elliot Blackmore. Veintidós años de edad. Con antecedentes desde su más tierna infancia. Ha visitado reformatorios y correccionales. Vive en el Bronx.

—Esperemos que sea uno de los tres melenudos.

Prentiss se dignó a esbozar una sonrisa.

—Lo es. Uno de los muchachos fue con la fotografía a Arthur Schroder. Lo identificó. Otro de la Brigada Cero está deambulando por Ryan Street. El domicilio de Elliot Black more. No está en casa, pero daremos con él.

—¿Qué dicen los periódicos? ¿Hablan de nosotros?

—¡Oh, sí! —rió Prentiss, con nulo entusiasmo—. La Allen Press ha divulgado un reportaje sobre la Brigada Cero. Fue redactado antes de que entráramos en escena. Con una entrevista al teniente McKeon. Hay que reconocer que la Allen Press está muy bien informada y relacionada. También fue la primera agencia en informar de la muerte del estrangulador del Central Park. Sin ningún comentario adicional. Ni crítica ni alabanza. Un par de periódicos sí atacan a la flamante Brigada Cero. Ayer noche, tal vez por ser el primer día, nuestros muchachos actuaron de firme. Según esos periódicos, en muchos casos fueron violados los derechos del ciudadano. Violados por los hombres de la Brigada Cero.

—Ciudadano...

—Sí, Mark. Resulta que las ratas también son contribuyentes. Un periodista me dedica un furibundo ataque personal.

—oPor qué razón?

—La muerte de George Stanton. Un disparo en la cabeza. Deja entrever que podía haberlo evitado.

—¡Maldito sea! Ese bastardo asesino tenía una Luger en su diestra. Era tu vida o la suya. ¿Qué otra cosa podías hacer? Esos periodistas creen que es fácil pararse a pensar y razonar donde poner la bala.

Walt Prentiss no hizo ningún comentario. Sólo sus ojos acusaron un leve y fugaz destello que de inmediato se eclipsó.

El tráfico era intenso en la ciudad. Un calor infernal hacía hervir el asfalto. Riadas de vehículos. Infinidad de neoyorquinos y forasteros de un lado a otro. Como hormigas. Toda la gran ciudad en plena actividad. Los financieros de Wall Street manejando millones de dólares, los negros de Harlem, los jamaicanos de Brooklyn, los portorriqueños del Bronx, los burgueses de Long Island... Todos en la cotidiana lucha de la jungla del asfalto.

Ya estaban acostumbrados. En invierno llegaban a soportar una temperatura de veinte grados bajo cero. Y en verano se alcanzaban los cuarenta y ocho sobre cero.

Pero aquello no era lo peor.

El verdadero peligro de Nueva York eran sus propios moradores.

El Pontiac ya circulaba por el Bronx. Alejándose de Fordham Road en dirección al Crotona Park.

Poco más tarde se adentraba en Ryan Street. Una calle bulliciosa. Con niños semidesnudos jugando en las aceras. Con mujeres que gritaban desde las ventanas para comunicarse con la vecina. Vendedoras ambulantes pregonando su mercancía.

—Allí esté Sammy —indicó Prentiss, aproximando el vehículo a la calzada.

Un individuo que permanecía bajo la sombra de un toldo se adelantó hacia el Pontiac. Abanicando en su mano derecha un ejemplar del *Playboy*.

—Hola, muchachos...

—¿Ha aparecido por aquí nuestro hombre? —interrogó Prentiss.

—No, pero lo tenemos localizado. La segunda bocacalle a la izquierda. Una bolera denominada The Cave.

—¿Dónde está Lou?

—Dando vueltas con el automóvil —sonrió Sammy—. Aquí estacionados despertaríamos sospechas. Esta gente es muy desconfiada.

—Correcto. Os esperamos en la bolera.

El Pontiac siguió la marcha. Al llegar a la segunda bocacalle giró a la izquierda. Divisaron el destartado cartel anunciador de la bolera.

Walt Prentiss estacionó casi frente al local.

Los dos policías descendieron del vehículo.

El local hacía honor a su nombre. Realmente parecía una cueva.

Entrada oscura y tenebrosa. Con una escalera que se estrechaba a cada peldaño hasta llegar a la puerta de acceso.

La bolera se emplazaba en un sótano. El calor reinante, pese a los grandes ventiladores, resultaba angustioso. La cargada atmósfera, mezcla de tabaco- y sudor humano, tampoco mejoraba el ambiente.

Las boleras, cuatro únicas pistas, se situaban a la derecha. Junto con las máquinas tragaperras. A la entrada un pequeño mostrador. A la izquierda las mesas de billar.

Nadie en las boleras. Cuatro de las máquinas tragaperras ocupadas por jovenzuelos que se retorcían accionando los *flippers*. En una de las mesas de billar cuatro individuos. Jóvenes. Melenudos. Con chaquetilla de cuero y pantalones vaqueros. Todos ellos con los tacos en la mano.

—Es aquél, Mark —indicó Walt Prentiss—. El que se dispone a jugar ahora. En la fotografía del archivo está más favorecido.

Un individuo con un sucio delantal anudado a la cintura salía de los servicios en dirección al mostrador.

Mark Coleman se aproximó a él.

—¿Eres el propietario de esta pocilga?

El individuo parpadeó. Contempló a Coleman para seguidamente desviar la mirada hacia Prentiss, que también se había acercado.

—Sí...

—¿Hay otra salida aparte de la escalera?

—¿Qué diablos significa...?

El individuo no pudo seguir hablando.

Coleman había llevado veloz su diestra a la funda sobaquera para apoderarse de su reglamentario revólver del treinta y ocho. Golpeó con el cañón en el estómago del individuo.

—Contesta a mi pregunta. ¿Hay otra salida?

El individuo demoró unos instantes la respuesta. Había agrandado los ojos y boqueaba falto de respiración. Con ambas manos en el estómago.

—No...

—Perfecto —sonrió Coleman—. Ahora sube y cierra la puerta de salida. Sin llamar la atención. Obedece y seguirás al frente de tu pocilga.

El individuo asintió con repetido movimiento de cabeza. No se atrevió a preguntar nada. Aquellos dos hombres le impresionaban demasiado. Subió la escalera retornando a los pocos minutos.

Coleman y Prentiss le esperaban al final de la escalera.

—¿Cerrado?

—Sí...

—Muy bien —Coleman palmeó la espalda del individuo. Como si

fuera un amigo de toda la vida—. Ahora dime... ¿conoces a aquellos cuatro melenudos que juegan al billar?

—No.

—¿Te atizo otra vez?

—William Collier, Hugh Rooney, Elliot Blackmore y Cliff Travers.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú, hermano?

—Adam Mitchell.

—No te muevas de aquí, Adam. Nos veremos luego.

Mark Coleman avanzó hacia la mesa de billar donde jugaban los cuatro melenudos. Acompañado de Prentiss.

—Hola, Elliot. Maravilloso día, ¿eh?

Elliot Blackmore esperaba su turno de juego. Sujetando con ambas manos el taco de madera apoyado en el suelo. Dirigió una inquisitiva mirada a los dos policías.

—¿Nos conocemos?

—Aún no, Elliot; pero pronto nos conocerás. Queremos hablar contigo.

—Lo lamento. Mi papá me prohíbe hablar con desconocidos.

Los tres melenudos corearon con risas las palabras de Elliot Blackmore.

Mark Coleman también sonrió. Y continuaba sonriendo cuando proyectó su zurda en el rostro de Blackmore. En violento trallazo que impulsó al melenudo contra la pared.

Los compañeros de Blackmore reaccionaron.

Alzando los tacos de madera.

Nada consiguieron.

Walt Prentiss fue más rápido y contundente. Atrapó a uno de ellos por las solapas de la chaquetilla impulsándole contra los otros dos. Estos cayeron al suelo. El que quedó en pie, recibió un brutal puñetazo de Prentiss. Un siniestro chasquido delató que se había quedado sin varios dientes.

Uno de los caídos se incorporó con rapidez. Coleman, de patadón en el bajo vientre, le hizo rodar nuevamente por el suelo aullando de dolor.

Walt Prentiss había tomado uno de los tacos. Lo rompió en la espalda del melenudo que gateaba intentando escapar.

Los tres quedaron retorciéndose por el suelo.

Todo aconteció en cuestión de segundos.

Elliot Blackmore, con ensangrentados labios, había contemplado perplejo la escena. Retrocedió cuando los dos policías se le aproximaron amenazadores.

—¡Maldita sea! ¿Qué quieren de mí? ¡Yo no he hecho nada!

Coleman sonrió.

—Por supuesto, Elliot. Sólo queremos platicar contigo... Vamos a

un lugar discreto. Sin testigos. Así podrás hablar tranquilo. Blackmore fue conducido por los dos policías a los servicios. —Disculpadme —dijo Prentiss, aproximándose a una de las tazas de los urinarios de la pared—. Aprovecharé que estoy aquí. —¿Qué quieren de mí? —interrogó nuevamente Blackmore. Coleman encendió un cigarrillo.

Fijando los ojos en el melenudo.

—Los nombres de tus dos compañeros. Los dos bastardos que te acompañaban en el subway.

Elliot Blackmore palideció.

—¿De qué me habla? ¿Está loco? ¡Yo no...!

—¡Te hablo de Brooke Murray! —gritó Mark Coleman, aferrando al melenudo por las solapas y arrinconándolo contra la pared—. ¡De un muchacho muerto a golpes! ¡Te hablo de Judith Allen! ¡La chica humillada y ultrajada que terminó reventada contra el túnel! ¿Lo entiendes ahora?

—Yo no...

—¡Tú eres uno de los culpables! ¡Y quiero el nombre de los otros dos!

—¡Le juro que...!

Mark Coleman le aplicó un puñetazo al estómago. Elliot Blackmore se dobló como una bisagra. Lo suficiente para que Prentiss le atrapara por los cabellos tirando hacia la taza del urinario. Le introdujo la cabeza en el recipiente.

—¿Quieres responder ahora, pequeño bastardo? —dijo Prentiss, alzándolo levemente la cabeza—. ¿Ya tienes más frescas las ideas? ¿Ya recuerdas?

Blackmore comenzó a vomitar.

Y Walt Prentiss volvió a introducirle la cabeza en la taza. De poco sirvió el desesperado bracear y remover del melenudo.

—¿Y bien, Elliot? ¡Los nombres!

—Frank... Frank Grimshaw... y Bradford Wymer...

—¿Dónde podemos localizar a esos dos hijos de perra? —interrogó duramente Coleman—, ¡Responde!

—Frank... Frank trabaja con su padre... en un taller de mecánica... en el 1026 de la Fabens Avenue...

—¿Y Bradford Wymer?

Elliot Blackmore sacudió la cabeza. Nuevas náuseas le hicieron vomitar otra vez. Su voz sonó apenas audible.

—Bradford está ahora en el Elida Hotel.

—¿En el Elida Hotel? ¿Trabaja allí?

—No... Tiene amistad con una tal señora Martha Bryne... Una vieja millonaria que se ha encaprichado de él... Cuando viene a Nueva York llama a Bradford... Es su acompañante... Ha pasado

con ella la noche... Seguro que sigue allí... Está con ella hasta que abandona Nueva York...

—Gracias por la información, Elliot. Espero por tu bien que sea cierta. No te molestaremos más de momento. ¡En marcha!

Blackmore fue violentamente empujado hacia la puerta.

El propietario de la bolera estaba sudando copiosamente. Pálido como un cadáver.

—Están... están golpeando la puerta de entrada... Es la policía...

—Puedes abrir, Adam —sonrió Mark Coleman—. Nosotros también somos policías. Todo quedará en familia.

El propietario del local bizqueó incrédulo. Reaccionando a su perplejidad, acudió a abrir la puerta de entrada a la bolera.

Sammy y Lou, los dos policías de la Brigada Cero, se hicieron cargo de Elliot Blackmore. Se comunicó con otro coche patrulla para que acudiera al 1026 de la Fabens Avenue. Con orden de detención contra Frank Grimshaw.

Mark Coleman y Walt Prentiss se acomodaron en el Pontiac con dirección al Elida Hotel.

A la caza de Bradford Wymer.

CAPITULO VIII

Nueva York es una ciudad de rudos contrastes. Desde el lujoso almuerzo en el East Side a la mísera comida en el CBGD o Ejército de Salvación del Bowery. Igual ocurría con el hospedaje. Desde la «cama caliente» por unos centavos a una suite en el Elida Hotel. Una «cama caliente», así denominada por la sucesiva ocupación de clientes. Se levantaba uno y ya estaba esperando el siguiente. Jamás llegaba a enfriar sus sucias sábanas.

Y el Elida Hotel.

El más lujoso de Nueva York. De reciente construcción. Fuera de Manhattan. En el Richmond. Uno de los *bouroughs* más tranquilos de Nueva York. Un hotel construido para los que deseaban huir del infernal bullicio de Manhattan. Emplazado sobre una extensa zona de terreno. Con jardín propio, drugstore, cinema y sala de fiestas. Junto al hotel, un bello y grandioso edificio, varios bungalows con su parte de jardín y piscina privada. Bungalows más solicitados que las cotizadas y lujosas suite del hotel.

El recepcionista del Elida Hotel arqueó las cejas contemplando la credencial mostrada por Mark Coleman.

—¿La señora Bryne?

—Eso he dicho —replicó Coleman—, ¿Cuál es su habitación?

—Ocupa uno de los bungalows de nuestro parque. El número siete.

—Déme el duplicado de la llave.

El empleado del hotel volvió a arquear las cejas. Sin perder la compostura. Acostumbrado a situaciones delicadas.

—No puedo hacer eso, señor. La señora Bryne es una señora muy importante y respetada. La fundadora de la Bryne Oil.

—Eso me tiene sin cuidado. Déme el duplicado.

—Defiendo los intereses de los clientes del Elida Hotel, señor. Conozco mis derechos y obligaciones. El derecho a la intimidad es sagrado. Puedo acompañarles hasta el bungalow y, previa llamada, hacer que la señora Bryne nos permita el...

—¡Ya basta, maldita sea! —exclamó Prentiss, bordeando el mostrador—. ¡Escupe la llave, condenado lacayo!

Walt Prentiss comenzó a zarandear violentamente al individuo contra el casillero.

El hall de recepción no estaba muy concurrido, aunque sí varios clientes y personal del hotel se alarmaron por el alboroto.

Prentiss soltó al recepcionista. Este, tambaleándose como un beodo, fue hacia una vitrina situada paralelamente a la centralita telefónica. De allí extrajo una llave que tendió con temblorosa

mano.

—No te molestes en acompañarnos.

Mark Coleman chasqueó la lengua al ver que esbozaba una sonrisa. Junto con Prentiss se encaminó hacia la salida.

—Eres muy violento, Walt.

—No me gusta perder el tiempo.

Había pequeños vehículos, tipo *buggy*, para desplazarse hasta la zona de los bungalows; pero los dos policías realizaron el trayecto a pie. Se adentraron en la zona ajardinada de los bungalows. Separados por parcelas. Con setos divisorios. Cada cabaña con su correspondiente piscina y plaza de estacionamiento.

Llegaron al bungalow señalado con el número siete.

Walt Prentiss introdujo la llave en la cerradura. Empujó con suavidad la artística hoja de madera. La antesala amplia y lujosamente amueblada. Desde allí resultaban audibles las nerviosas risas y gemidos procedentes del dormitorio.

Fue Mark Coleman quien abrió, ahora con brusquedad, una segunda puerta. La que comunicaba con el dormitorio.

Un ahogado grito resonó en la estancia.

Un grito femenino.

Los dos policías penetraron en la habitación aproximándose al lecho. Ocupado por una mujer de avanzada edad y por un joven melenudo.

La mujer, tras su grito de sorpresa, exclamó:

—¿Qué significa...? ¿Quiénes son ustedes?

Las preguntas formulas quedaron sin respuesta. Ignoradas por los dos policías.

—¿Eres tú Bradford Wymer? —inquirió Coleman, con fría voz.

—Sí... ¿qué ocurre?

—Vístete. Nos acompañas.

—¿Por qué?

—¡Eh, un momento! —gritó la mujer, con una mueca que acentuó las arrugas de su rostro—. No te muevas, Bradford. Llamaré a la policía.

—Nosotros somos la policía, vieja —dijo Prentiss.

La mujer parpadeó repetidamente. Perpleja. Tiró de la sábana para cubrir sus flácidos senos.

—¡Soy la señora Bryne! ¡Martha Bryne! ¡Propietaria de la Bryne Oil!

—¿De veras? —bostezó Prentiss, mostrando la pastilla de mascar en la boca—. ¡Lo que hace el decorado! La hubiera confundido con una vieja furcia del Bowery.

Martha Bryne agrandó los ojos. Estupefacta. Movié los labios. Repetidamente. Intentando hablar, pero el estupor la hizo

enmudecer.

Bradford Wymer sí habló.

—Quiero saber qué ocurre. Conozco mis derechos de ciudadano. Dudo que sean policías y no voy a...

Mark Coleman le hizo callar de un trallazo. Un revés con la zurda que proyectó a Wymer contra el cabezal del lecho.

Coleman sacó la credencia! pegándola bruscamente a los ojos del melenudo. Haciéndolo bizquear.

—Voy a leer tus derechos, hijo de perra piojosa... Tienes derecho a cerrar el pico, pues en caso contrario te haré tragar los dientes... Tienes derecho a obedecer, pues en caso contrario te llevaremos en una ambulancia...

—Muy bueno —rió Prentiss—, Tomaré nota de esas frases, Mark.

—¡Vístete!

Bradford Wymer obedeció con rapidez.

La señora Bryne tendió su sarmentosa mano hacia la mesa de noche. Se ajustó los lentes para seguidamente manipular en su bolso de mano. Extrajo un pequeño cuaderno de notas.

—Voy a llamar a mi abogado, Bradford... No te preocupes de nada.

—¡Oh, sí! No te preocupes, amor —masculló Walt Prentiss—. Sólo estás acusado de asesinato.

Bradford Wymer se estaba subiendo los pantalones. Quedó inmóvil. Como paralizado.

—¿Asesinato?

—Sigue, Bradford. Termina de una condenada vez. —¡Yo no he hecho nada!

—Tus compañeros Frank y Elliot han confesado.

—¡Mienten! ¡Es una trampa! —gritó Bradford Wymer—, ¡Es una encerrona! ¡Yo no he hecho nada! ¡Soy inocente!

—Ya es suficiente, Bradford —Coleman empujó al melenudo—. ¡En marcha!

—¡Soy inocente! ¡Martha! ¡Martha, ayúdame...! Martha Bryne ya estaba con el teléfono en la mano. Nerviosa y excitada. Con el rostro congestionado.

—Confía en mí. Bradford.

Wymer no pudo responder a la mujer.

Ya había sido sacado a empujones del bungalow.

* * *

Mark Coleman apretó con fuerza las mandíbulas. Endureciendo las facciones. Sus grises ojos acusaron un súbito destello.

—¿Habla en serio, señor?

Edgar McKeon asintió.

—Ahora mismo está pavoneándose en una rueda de prensa. Aconsejado por el abogado de la señora Bryne, presentará una querrela contra nosotros. También la señora Bryne piensa demandarnos por ofensas y atentado a su intimidad.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Mark Coleman—. ¡Bradford Wymer es culpable! ¡El y sus dos compañeros! Elliot Blackmore confesó en una bolera.

—¿Confesar? ¿Bajo golpes y amenazas? Su declaración carece de valor.

—¿Qué hay de Arthur Schroder? Identificó la fotografía de Elliot Blackmore.

—Schroder ha estado aquí. Contemplando a los tres melenudos. Dudó. Le parece que son ellos, pero no se atreve a asegurarlo.

—Se ha vuelto atrás. Quiere conservar su miserable pellejo.

—También hemos llamado a Hall Hessemán. No identificó a los tres detenidos con los asaltantes del vagón. Sigue fiel a su primera declaración. No ha visto nada. Permaneció en el subway con la cabeza inclinada. Esas son sus únicas palabras.

—Ratas cobardes...

El teniente McKeon ahogó un suspiro.

—No termina ahí todo, Coleman. La señora Bryne afirma que Bradford Wymer permaneció con ella la noche del suceso.

Mark Coleman se reclinó en el sillón.

Cerró los ojos un instante.

—Empiezo a sentir náuseas, señor.

—Y yo las comparto, Coleman; pero nada podemos hacer. Á la campaña de la Allen Press se unirá ahora la de la señora Bryne. Piensa movilizar toda su influencia para hundirnos.

—No sería mala idea. Dejar que se maten entre ellos. Fieras contra fieras. Tan delincuente es la señora Bryne como Bradford Wymer.

—Puede renunciar si quiere, Coleman.

—¿Acaso no se lo han pedido los de arriba?

—Todavía no —sonrió Edgar McKeon—, aunque de seguro lo están pensando. Retírese a descansar. Walt Prentiss también se ha tomado la noche libre.

—Imagino su estado de ánimo.

—Mañana seguiremos, Coleman. No abandonamos tan fácilmente la presa. Esos tres melenudos están ahora en libertad, pero será por poco tiempo. Deben seguir con la investigación.

Mark Coleman se incorporó.

Cansinamente.

Abandonó el Departamento por la salida de personal. En el hall

principal, Bradford Wymer continuaba con su improvisada rueda de prensa. Con un nutrido grupo de periodistas a su alrededor. El estar involucrada la señora Bryne acentuaba el interés de la historia. Con anterioridad, la Allen Press ya había conseguido una exclusiva con los tres detenidos.

Bradford Wymer fue el último en abandonar el edificio.

Era la figura del día.

Por consejo del abogado, no debía acudir al Elida Hotel para reunirse con la señora Bryne. Bradford Wymer tomó un taxi para trasladarse a su domicilio. En el Bronx. Le soltó al taxista un dólar de propina. La señora Bryne había sido generosa con él.

En el 845 de Welch Street. Bradford Wymer habitaba en una buhardilla. Un ático muy acogedor. Hacía tiempo que había abandonado el domicilio de sus viejos. Wymer quería vivir con independencia. No le iban mal las cosas. Era un individuo de muchos recursos. Un par de portorriqueñas del burdel de Mamma Rosa trabajaban para él. También ejercía de corredor de apuestas o de «camello»; pero prefería los menos peligrosos. Jamás había sido fichado por la policía. Era un individuo astuto.

Bradford Wymer penetró en el edificio. Una vieja casa de sucia fachada. Húmeda como una cloaca. Ideal para albergar a una rata como Wymer.

Subió la escalera silbando alegremente.

Llegó al ático.

Cuando se disponía a introducir la llave en la cerradura, sonó la voz a su espalda.

—Bradford...

Wymer giró.

Una sombra descendió de los tres escalones que conducían a la azotea. Algo brilló en la penumbra. Algo acerado. Metálico.

Bradford Wymer lo identificó de inmediato. Una pistola con tubo silenciador acoplado al cañón.

Ya no pudo pensar en más. Sonó la detonación. Como el descorchar de una botella de champán.

Bradford Wymer se desplomó con una bala entre ceja y ceja.

CAPITULO IX

El Mercury conducido por Mark Coleman se adentró en Welch Street. Divisó dos coches con la luz roja girando sobre la capota. También una ambulancia y un Buick. Todos los vehículos situados frente al 845 de Welch Street.

Coleman aminoró la marcha.

Un individuo en la calzada hizo reiteradas señas a Coleman para que detuviera el vehículo. Se trataba de Lou Benson. Otro de los componentes de la Brigada Cero.

Mark Coleman frenó el Mercury asomando la cabeza por la ventanilla.

—Hola, Lou... ¿Qué ha ocurrido? Por teléfono no has sido muy explícito.

Benson hizo una mueca.

—Tampoco sabía gran cosa. Yo estaba en el Departamento cuando se recibió la noticia. El teniente McKeon me ordenó que os informara de ello a ti y a Walt. No he podido localizar a Walt. No está en su domicilio. Sammy quedó montando guardia por si aparece.

—Han liquidado a Bradford Wymer...

—Sí, Mark. Eso es lo que te comenté por teléfono y poco más puedo añadir. Los de Homicidios se han hecho cargo del asunto. Y no quieren que los de Brigada

Cero metamos las narices en el caso. Liquidaron a Bradford Wymer cuando se disponía a entrar en su apartamento. Un balazo entre los ojos. Muerte instantánea.

—Un bastardo menos.

—Dos.

Mark Coleman empuñó los ojos. Dirigiendo una penetrante e inquisitiva mirada a su compañero.

—¿Qué quieres decir?

—Elliot Blackmore fue el primero.

—¿También le...?

—Sí, Mark. Igualmente con una bala entre ceja y ceja. El cadáver se acaba de descubrir ahora, pero lleva muerto unas cuatro horas. Y a poca distancia de nuestro Departamento. Le liquidaron minutos después de su puesta en libertad. Parece ser que entró en un snack. Tomó una cerveza, pagó la consumición y luego pasó a los servicios. Allí quedó. El propietario del local, cuando se disponía a cerrar, se percató de que había alguien en el interior de uno de los excusados. Descubrió a Elliot Blackmore sentado sobre la taza del inodoro. Ladeado. Con la cabeza apoyada en la pared. Y con un negruzco orificio en la frente.

—Un mismo asesino.

—Esa es nuestra sospecha, Mark. Al menos sí un mismo *modus operandi*.

—Bradford Wymer, Elliot Blackmore...

—Frank Grimshaw aún está con vida —sonrió Lou Benson, adivinando el pensamiento de Coleman—. Salió poco después de Elliot Blackmore. Fue directamente a un club del Bronx. Allí trabajaba esporádicamente. Grimshaw necesita dinero. Su padre apenas le suelta unos centavos por ayudarlo en el taller. Richard McClure, uno de nuestros muchachos, está ahora en el Cannon Club. Ese es el nombre del local. En Saads Road. No pierde de vista a Frank Grimshaw.

Mark Coleman desvió la mirada hacia los coches patrulla y la ambulancia detenidos más abajo.

—¿Quién lleva el caso?

—Alex Boorman.

El esbozo de una sonrisa se reflejó en el rostro de Coleman. Una sonrisa muy significativa.

—El bueno de Boorman... Mejor será no dejarse ver. No simpatizamos. Hasta luego, Lou. Procura localizar a Walt y que se reúna conmigo en el Cannon Club. Allí estaré yo.

—*Okay*.

Mark Coleman reanudó la marcha.

Alguna de las calles del Bronx, pese a lo avanzado de la noche, estaban muy concurridas. El intenso calor reinante en la ciudad hacía que las casas fueran abandonadas por sus moradores permaneciendo por las aceras. Máxime en los barrios más miserables. Donde el aire acondicionado era un lujo inalcanzable. Los portorriqueños, mayoría en el Bronx neoyorquino, organizaban bailes y cantos olvidando así su marginación.

Coleman conocía el Bronx.

Nueva York no tenía secretos para él. Manhattan, Richmond, Bronx... Todos los rincones de la ciudad eran familiares para el policía.

Saads Road era una calle muy popular en el Bronx. Plagada de bares nocturnos, salones de máquinas tragaperras, clubs, tugurios, burdeles... Una calle pródiga en multicolores y llamativos luminosos de neón. Imposible encontrar un lugar donde estacionar.

Mark Coleman dobló por la primera de las bocacalles de Saads Road. Allí detuvo el Mercury. Descendió del vehículo. Unas treinta yardas le separaban del Cannon Club.

Encendió un cigarrillo.

Apenas realizados unos pasos, descubrió el Pontiac.

En Saads Road. El automóvil de la Brigada Cero que les había sido asignado a él y a Walt Prentiss.

Coleman avanzó ahora a grandes zancadas. En dirección al Cannon Club. En taquilla abonó el correspondiente ticket de entrada. Imprescindible para tener acceso al local. Lógico. El Cannon Club era todo un espectáculo y había que pagar por el simple hecho de entrar. Boleto con derecho a una consumición.

Mark Coleman empujó los batientes de entrada. Semejantes a los de un viejo saloon del Oeste. Apartó igualmente el cortinaje que protegía la entrada. Sin duda para evitar cualquier mirada del exterior.

Empequeñeció los ojos para acostumbrarse a la penumbra reinante. También acusó el bullicio y la cargada atmósfera. Esta casi se podía palpar. Una espesa capa. Humo de tabaco y droga. Sudor a bestia humana. Perfumes baratos... Todo entremezclado con un nauseabundo resultado.

La clientela masculina estaba vociferando.

En el pequeño escenario una mujer de exuberante cuerpo culminaba su *strip-tease*. Moviéndose lascivamente. Con ademanes marcadamente obscenos. Provocando con labios y lengua. Con soeces gestos en sus manos... Su procacidad sólo era superada por los comentarios y exclamaciones del respetable.

No todas las mesas del local estaban ocupadas. Había mucha competencia en el Saads Road. El mostrador sí repleto de público. Hombres y mujeres. Estas a la desesperada caza de una consumición que les incrementara su corto salario.

La mujer terminó el *strip-tease*.

Fue premiada con renovados gritos, exclamaciones y risotadas. Al desaparecer del escenario, se encendieron las luces del local. No muchas. La sala continuó en tenue penumbra, aunque permitiendo el deambular con facilidad.

Mark Coleman fue hacia una apartada mesa. Próxima a la puerta batiente que conducía a los vestuarios y almacén. En la mesa estaba Walt Prentiss. Frente a un gran vaso de leche.

—Hola, Walt.

Prentiss respingó.

Reaccionó con una sonrisa.

—Hola, muchacho. Te acabas de perder un buen espectáculo.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Coleman, tomando asiento.

—He reemplazado a Richard. Ahora soy yo quien vigila a Frank Grimshaw. Ya te has enterado de lo ocurrido, ¿no?

—Ahá. ¿Y tú, Walt? ¿Cómo te has enterado tú? Cuando se informó de que los tres detenidos iban a ser puestos en libertad, abandonaste el Departamento como alma que lleva el diablo.

Prentiss volvió a forzar una de sus contadas sonrisas.

—Ciertamente me fui muy enfadado, pero ya me encuentro mejor. La noticia me ha devuelto el optimismo. Bradford Wymer y Elliot Blackmore. Dos bastardos menos.

—No has respondido a mi pregunta, Walt.

Los dos hombres enfrentaron sus miradas.

—¿Qué te ocurre, Mark? ¿Sospechas de mí? ¿Crees que yo he liquidado a esos dos hijos de perra? Juez y verdugo, ¿no es eso?

—Simplemente he preguntado...

El grito femenino resonó con fuerza pese al bullicio reinante en la sala. Un desgarrador alarido. Procedente de los vestuarios.

Coleman y Prentiss se incorporaron al unísono.

Corrieron hacia la puerta batiente.

Se encontraron ante una estancia donde se amontonaban infinidad de cajas de cerveza y botellas de licor. Al fondo de un largo corredor. Y a mitad de pasillo estaba gritando la mujer. Habían acudido curiosos. Otra mujer más comenzó a gritar. Todos estaban frente a una abierta puerta.

—Vi salir a un hombre por la parte trasera —murmuraba la mujer, entrecortadamente—. Iba corriendo y...

Los dos policías apartaron a los curiosos. No esperaron más explicaciones. Ni tan siquiera se aproximaron a Frank Grimshaw. Nada se podía hacer por un cadáver. Y Frank Grimshaw era cadáver. Yacía sobre unos sacos. Con los brazos en cruz. Surcos de sangre manaban del orificio dibujado en su frente.

Al final del pasillo, en su recodo, estaba la puerta trasera de salida. Comunicando con un callejón deficientemente iluminado.

De súbito surgieron los potentes faros de un automóvil.

—¡Al suelo, Walt!

La exclamación de Mark Coleman coincidió con el rugir del coche y el crepitar de los disparos. Tras proyectiles que fueron hacia la escalinata de salida del Cannon Club. En busca de Coleman y Prentiss. Estos esquivaron las balas.

Mark Coleman respondió al fuego, pero el vehículo agresor ya doblaba la esquina con estridente chirriar de neumáticos.

Los dos policías corrieron por el callejón.

—¡Condenado sea! —exclamó Prentiss, al llegar a Saads Road—. ¡Se nos escapa!

—¡Vamos al Pontiac! —dijo Coleman, sin dejar de correr—. ¡Comunica por radio con otros coches patrulla!

—Era un Ford Mustang... He retenido su matrícula, Mark...

—También yo, aunque puede tratarse de un coche robado. ¡Rápido, maldita sea!

Walt Prentiss abrió la portezuela del Pontiac, pero tendió las

llaves a su compañero. Coleman era un maestro con el volante.

Iniciaron la persecución.

Dificultados por el alboroto originado en la bulliciosa concurrencia de Saads Road.

Walt Prentiss, por primera vez, rompió el anonimato del automóvil acoplando la sirena de alarma sobre la capota del vehículo. Acto seguido comenzó a comunicar por radio. Y también a la Unidad Central. Proporcionando la matrícula del vehículo perseguido.

De poco sirvió el movilizar de los coches patrulla cercanos a la zona. El Ford Mustang logró escapar al cerco. Así quedó demostrado después de una hora de incesante busca por el Bronx.

Sí se recibió el informe de Unidad Central. Proporcionando datos del propietario del vehículo.

Coleman y Prentiss intercambiaron una perpleja mirada.

Fue Mark Coleman quien reaccionó arrebatando el micro a su compañero.

—¿Quieres repetir eso?

—Has oído perfectamente, Mark —replicó la voz desde Unidad Central—. La matrícula de ese Ford Mustang corresponde a un automóvil propiedad de Norman Allen, el director de la Allen Press. Figura registrado a su nombre. Espera... Me pasa una nota el teniente McKeon. Los de balística han identificado el arma homicida. Una Star automática del nueve Parabellum. Adquirida recientemente. Comprada por Norman Allen en persona. Un momento...

La voz fue reemplazada.

Les llegó ahora la del teniente McKeon.

—Coleman... Aquí McKeon. Llevamos una pequeña ventaja a los de Homicidios. Ellos aún no han recibido este informe de balística. Id a por Norman Allen. El caso es vuestro.

CAPITULO X

Mark Coleman fue bordeando el automóvil. Examinándolo detenidamente. Un Ford Mustang coupé de dos puertas.

—Es el coche, ¿verdad, Mark?

Coleman asintió.

Con un leve movimiento de cabeza.

—Sin duda alguna.

—Y aquí lo tenemos —dijo Walt Prentiss—. Casi frente por frente al domicilio particular de Norman Allen. Debe estar muy seguro de sí. Ignora que en el callejón del Cannon Club, y pese a la oscuridad, hemos retenido la matrícula. ¿Le damos la sorpresa?

Mark Coleman no hizo ningún comentario. Cruzó la calzada. El Pontiac había quedado estacionado paralelamente al Ford Mustang.

El 236 de Ocala Boulevard. Aquel era el domicilio particular del todopoderoso Norman Allen. Más tranquilo que su cuartel general de la Allen Press, emplazado en Murray Hill. Lo avanzado de la noche proporcionaba una falsa sensación de paz y tranquilidad en la ciudad. Silencio y oscuridad. El gigantesco monstruo de hierro y cemento simulaba dormir.

Coleman pulsó el llamador.

Una y otra vez.

—Fingirá que le despertamos de su apacible sueño —comentó Prentiss—. Resulta sorprendente que Norman Allen..., aunque a decir verdad, yo le condecoraría. Ha liquidado a tres ratas. Sin duda cegado por la muerte de su hija.

—Yo no opino así, Walt. Nadie debe ejercer la justicia por su mano o convertirse en verdugo. Nueva York es una jungla. Permitir eso nos terminaría por convertir en fieras salvajes.

—Muy curioso... Y lo dices tú. El verdugo de John Nolan.

Coleman esbozó una sonrisa.

Con un extraño brillo reflejado en los ojos.

—Fue un accidente.

—¡Ah, sí! —exclamó Prentiss, con sarcasmo—. Lo había olvidado. Tú disparabas a las piernas, Nolan cayó... Una desgracia.

—Eso es.

La puerta se abrió. Apareció un individuo de avanzada edad. Delgado. De rostro inexpresivo y mirada ausente.

—¿Qué se les ofrece, caballeros?

—Hola, abuelo —saludó Prentiss—. Avisa al señor Allen. Tiene visita.

El individuo dirigió una despectiva mirada a Prentiss. Sin

alterar un solo músculo.

—Soy el mayordomo del señor Allen. Y el señor Allen no recibe a nadie.

—Sí nos recibirá a nosotros —dijo Coleman—. Somos policías. Anuncie que...

—El señor Allen ya conoce quiénes son sus visitantes —interrumpió el mayordomo secamente—. Disponemos de un buen sistema de televisión en circuito cerrado. Y el señor Allen me ha indicado que no...

Walt Prentiss apartó al individuo.

Sin dejarle terminar de hablar.

Los dos policías se adentraron por el espacioso living.

—¡Un momento! —protestó el sirviente, alterando por primera vez su semblante—. ¡No pueden...!

Una voz surgió procedente del corredor.

—Está bien, Albert. Déjales pasar...

Norman Allen estaba junto a una de las puertas del corredor. Con una corta bata de seda anudada a la cintura. Sus facciones levemente crispadas.

—Gracias, Allen —ironizó Prentiss—. Muy amable.

Norman Allen no respondió. Permaneció en el pasillo. Frente a la puerta. Esperando a que los dos policías penetraran en la estancia. Un amplio y lujoso despacho biblioteca. Alfombrado. Con severos sillones de piel cercando a una artística mesa.

—Tienen ustedes unos métodos poco dignos de unos servidores de la ley —dijo Allen, situándose tras la mesa escritorio—. Y no estoy dispuesto a permitir que...

—Vamos a detenerle, Allen.

Norman Allen parpadeó repetidamente. La mueca de estupor reflejada en su rostro resultó casi cómica. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo ha dicho, Coleman?

—No es necesario repetirlo, Allen. Es usted sospechoso de la muerte de Bradford Wymer, Elliot Blackmore y Frank Grimshaw. Norman Allen volvió a parpadear, aunque ahora reaccionó con burlona carcajada.

—¿También Frank Grimshaw? Eso lo ignoraba. Esta noche no he estado en la redacción de la Allen Press. No siempre es necesaria mi presencia. Dispongo de un buen equipo. Tengo aquí un videotex que me transmite todas las noticias que se reciben. Estaba al corriente de lo ocurrido a Wymer y Blackmore...; pero desconocía la muerte de Frank Grimshaw.

—Igualmente con una bala entre los ojos.

—Muy efectivo. ¿Y soy yo es culpable?

—Nuestro principal sospechoso —respondió Coleman—. Su

coche, el Ford Mustang, estuvo próximo a atropellarnos. En un callejón con salida a Saads Road. A espaldas del Cannon Club. Allí liquidaron a Frank Grimshaw... y dispararon sobre nosotros.

—¿El Ford Mustang? —rió Allen—. No me gusta ese automóvil. Yo utilizo mi Cadillac. Ese Mustang, junto con una Alfasud TI, eran uso de Judith. Y desde la muerte de mi hija, el Mustang ha estado aparcado en la calle. No lo he tocado. Aquí tengo las llaves.

Norman Allen abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo una pequeña caja. Al abrirla mostró varios juegos de llaves.

—El Ford Mustang estaba hace poco más de una hora en el Bronx.

—Tal vez fue robado y...

—Ahora vuelve a estar aquí, Allen —cortó Coleman—, Frente a su casa. Y no parece forzado ni con el «puente».

—¿Esas son todas sus acusaciones contra mí? Me decepciona, Coleman. Consideraba a los de Brigada Cero policías veteranos y sin escrúpulos, con un cierto grado de inteligencia.

—¿Tiene licencia de armas?

Norman Allen arqueó las cejas. Sorprendido por el brusco cambio de conversación.

—Por supuesto. Y dispongo de una magnífica colección de armas. Las pistolas son mis favoritas. Una Hi Standard Supermatic, una maravillosa Walther GSP, una Browning...

—El modelo Star. Esa es la que nos interesa, Allen. Una Star BKM del nueve Parabellum.

—Ah, sí... La compré hace poco. Precisamente la tengo aquí en el despacho. Aún no le he destinado lugar en mi colección.

—¿Nos permite verla?

Norman Allen sonrió acudiendo hacia el mueble biblioteca. Abrió uno de los cajones. Allí había varios estuches. Tomó uno de ellos.

—No haga ningún movimiento sospechoso —advirtió Prentiss—. No nos gustaría mancharle la alfombra.

Allen giró con el estuche en las manos. Sin abandonar la sonrisa. Lo depositó sobre la mesa para seguidamente proceder a abrirlo. La sonrisa desapareció de su rostro. El estuche estaba vacío.

—No... no es posible...

—Va a tener que acompañarnos, Allen —dijo Mark Coleman—, Con esa Star se disparó sobre Bradford Wymer, Elliot Blackmore y, de seguro, contra Frank Grimshaw.

—Estaba aquí —balbuceó Allen—. Estoy seguro... Esta misma

mañana se la mostré a... a...

Una súbita palidez se apoderó de las facciones de Allen. Desvió los ojos del estuche para posarlos en Coleman. Su voz se hizo más temblorosa.

—No... no es posible que...

—¿Qué le ocurre, Allen? ¿A quién mostró la automática?

—A Peter Shade... El... el amigo de Judith... Vive cerca de aquí, en una casa de huéspedes de Stack Road... en el primer piso del 321... Peter llegó esta mañana con unos papeles de la Allen Press... los examinamos juntos... le enseñé la Star... Luego quedó solo en el despacho y...

—¡Infiernos! —exclamó Walt Prentiss—. ¡Pudo también apoderarse del Mustang!

—Dios... Sí... Ahora recuerdo —la voz de Allen era apenas audible—. Judith hizo más de un duplicado... pudo entregar una llave del auto a Peter...

Mark Coleman giró con rapidez.

—¡Sígueme, Walt!

Prentiss no protestó ni hizo comentario alguno. También su instinto de policía le indicaba que se habla equivocado con Allen.

—¡Esperen!! —gritó Norman Allen—. ¡Voy con ustedes!

Los dos agentes de Brigada Cero hicieron caso omiso a la voz de Allen. Abandonaron precipitadamente la casa para acomodarse en el interior del Pontiac. Mark Coleman al volante. El motor rugió sobre el asfalto quebrando el silencio de la noche. La distancia a recorrer era corta. Cuatro bocacalles más abajo. A la izquierda de Ocala Boulevard. Una calle estrecha. El 321 de Stack Road correspondía a un edificio de gris fachada y con síntomas de ser declarado en próximo derribo. Un rótulo en el exterior de la primera planta anunciaba el alquiler de habitaciones.

Los dos policías descendieron del Pontiac penetrando velozmente en el edificio. Por una ancha escalera subieron al primer piso. Eran dos las puertas del rellano, derecha e izquierda, donde se anunciaba el hostel.

Coleman comenzó a golpear en una de las puertas.

Una somnolienta voz respondió casi de inmediato al otro lado de la hoja de madera.

—¿Quién es?

—¡Abra! ¡Policía!

Se escuchó un murmullo de voces, aunque la puerta fue franqueada al momento. Un individuo de alborotado pelo canoso apareció bajo el umbral. Tras él, en el suelo del living, una colchoneta.

—¿Qué... qué ocurre?

—¿Está aquí Peter Shade? —inquirió Coleman—. ¿Cuál es su habitación?

Por el largo corredor en forma de U se abrieron algunas puertas. Asomaron rostros somnolientos. También se escuchó el llanto de un niño.

—¿Shade?... Sí... Supongo que estará en...

—¡Quietos! ¡Los dos!

La súbita voz sonó a espaldas de los dos policías. En el rellano. La segunda puerta de acceso al hostel se había abierto. Y apareció Peter Shade. Apoyando el cañón de la Star en la sien derecha de una niña de unos cuatro o cinco años de edad.

Mark Coleman le dirigió una fría mirada.

—No seas loco, Peter. Suelta a...

—Un paso más y aprieto el gatillo —amenazó Shade—, Soltad las armas... Dejadlas en el suelo... ¡Pronto!

Coleman y Prentiss intercambiaron una mirada. Fue Prentiss el primero en obedecer la orden imitado por su compañero.

Una voz femenina sonó desgarradora.

—¡Kitty! ¡Mi niña! ¡Kitty!

—¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás! —vociferó Shade, con crispadas facciones—. ¡Atrás o disparo!

La mujer fue retenida bajo el umbral.

—Obedezcan —dijo Mark Coleman—. Que nadie intente nada.

Shade movió nerviosamente la cabeza.

—Sí..., eso es... todos quietos...

—Suelta a la niña, Peter —dijo Coleman—. Tú no quieres víctimas inocentes, ¿verdad?

—¿Víctimas inocentes? —los ojos del joven Shade acusaron un demoníaco brillo—. ¿Y Judith? ¿Qué era Judith? ¡Yo la amaba! Y ella a mí... Era la única en comprenderme... ¡Y está muerta! ¡Era inocente!

—Peter...

—¡Quietos! Vosotros... vosotros también sois culpables... La policía que deja en libertad a los tres asesinos... Los tres asesinos de mi Judith... ¡Era necesario hacer justicia! ¡Yo acabé con ellos! ¡Y seguiré matando a los asesinos! ¡A todos los asesinos que pululan por...!

La niña, que parecía ajena al peligro que se cernía sobre ella, se zafó súbitamente de Peter Shade corriendo hacia la escalera.

Shade alargó el brazo armado.

Apuntando a la niña.

Los presentes gritaron horrorizados. Instantes antes de producirse la detonación.

Walt Prentiss se había interpuesto protegiendo con su cuerpo a la

niña. Recibió el impacto en el pecho rodando escaleras abajo. Mark Coleman saltó sobre Shade aferrando su muñeca derecha a la vez que le propinaba un violento puñetazo en el rostro. Suficiente para dejarle sin sentido.

Los presentes continuaban horrorizados.

Una mujer corrió hacia la pequeña abrazándola con fuerza.

Coleman descendió los peldaños hacia el lugar donde yacía su compañero. Llegó justo en el momento en que el jadeante Norman Allen hacía su aparición.

Sonó la débil voz de Prentiss.

—Mark...

Coleman se inclinó sobre su amigo. La bala le había alcanzado a la altura del corazón. Un hilillo de sangre asomaba por la comisura de sus labios.

—Aquí estoy, Walt.

—La... la niña...

—Está a salvo, Walt.

Una sonrisa se reflejó en el rostro de Prentiss. Una amplia sonrisa.

—Mark... Sigue... sigue tras las ratas... Yo... yo voy a reunirme con Peggy...

Una bocanada de sangre ahogó las últimas palabras de Walt Prentiss.

Mark Coleman alargó su diestra para cerrar los desorbitados ojos de su compañero.

EPILOGO

La muchacha sirvió el humeante café retirando los periódicos amontonados sobre la mesa. Dirigió una mirada a Coleman.

—¿No has leído ninguno de los periódicos?

—Me deprimen —sonrió Coleman—. Lo único de interés es la tira cómica.

Shirley tomó asiento en el sofá. Junto a Coleman.

—Todos ellos insertan el editorial de la Allen Press. «Ha muerto un policía». Ese es el título. Firmado por el propio Norman Allen. Habla de Prentiss, de la Brigada Cero... Un artículo repleto de alabanzas.

Coleman encendió un cigarrillo.

—Me importan muy poco las alabanzas y las críticas, Shirley. Me limito a cumplir con mi trabajo. Desagradable, pero necesario. Las ratas siguen en Nueva York. Y mientras existan, continuará la Brigada Cero.

—La Allen Press apoya ahora la...

Mark Coleman dejó el cigarrillo en el cenicero. Posó sus manos en los hombros femeninos. Atrajo contra sí a Shirley besándola en la boca.

—No hablemos más de ello, Shirley. Es mi noche libre. Estamos juntos. Tú y yo. En tu bonito apartamento. Por cierto... ¿por qué no te casas conmigo? Me traslado aquí y abandono mi cueva.

—¿Hablas en serio?

—Seguro. Me ahorraré unos cuantos dólares.

—¡Oh, Mark...!

Ahora fue Shirley la que se volcó sobre el policía. Rodeándole con sus brazos. Ofreciendo de nuevo sus gordezuelos labios para ser besados.

Sonó el timbre del teléfono.

Interrumpiendo el apasionado beso.

Shirley acudió hacia el auricular respondiendo a la llamada. A los pocos segundos retornó junto a Coleman. Con un mohín reflejado en el rostro.

—Lo lamento, Mark. Una llamada del hospital. Una llamada de emergencia. Ha ocurrido un grave accidente y necesitan el mayor número de enfermeras.

—Te llevaré hasta allí.

La muchacha pasó al dormitorio para ponerse el uniforme de enfermera. Coleman, bajo el umbral, la contempló sonriente.

—Pienso ser una buena esposa, Mark; pero jamás ignoraré una llamada de emergencia. Sea día o noche.

—Tampoco yo te lo permitiría, Shirley. Ese es tu deber. También

yo seré querido algunas veces en mi día libre. Y acudiré a la llamada.

La muchacha sonrió dulcemente.

—Tampoco yo frenaré esa llamada, Mark. Cada ciudadano tiene una obligación que cumplir. Y es necesario hacerlo bien. Con amor y sacrificio.

Mark Coleman no hizo ningún otro comentario. Se acercó a Shirley. Abarcó el rostro femenino entre sus manos besando los labios de Shirley. Muy fugazmente.

Minutos más tarde abandonaban el apartamento.

La jungla del asfalto, con sus ángeles y demonios, les esperaba.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

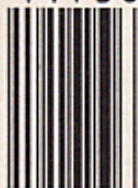
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España